

HICKEY Y PELLIZONI, MARGARITA (1740–1791)

*ROMANCES*

1.

*Novela Pastoril, puesta en verso en este Romance, en agudos.*

Vivía Fili contenta  
en la mansión del amor,  
llena de gozos el alma  
sin sustos el corazón.

Pastora de Manzanares  
en cuya amena región,  
fue adorno de sus riveras,  
de sus campiñas honor.

Tan hallada con su suerte  
gustosa con su elección,  
que en el mundo no creía,  
pudiera haberla mejor.

No la atormentaban celos,  
desconfianzas, temor,  
que amaba correspondida  
a su discreto Pastor.

Muchas veces corrió Febo  
su vuelta ardiente y veloz,  
sin que su fe padeciese  
la más leve alteración.

Asombro de las Pastoras  
que Manzanares miró  
en sus frondosas orillas  
era el amor de los dos.

Pero en fin la envidia aleve  
la envidia, cruel y atroz,  
rabiosa de que en mortales  
hubiese tan dulce unión.

A Silvio Pastor gallardo,  
de tanta dicha señor,  
sólo porque era dichoso  
a ausencia le condenó.

Que para la envidia torpe  
que se ceba en el loor,  
el tener mérito o dicha  
es el delito mayor.

La constancia en esta ausencia  
de Fili, no peligró,  
porque tenía en el alma  
arraigada su pasión.

Antes de este contratiempo  
mayores fuerzas cobró,  
cual suele oprimido el rayo  
abrasar con más ardor.

Quien piensa, que en nobles pechos  
puedo lograr el rigor,  
disminuir el cariño,  
que engañado lo pensó.

Que antes le aumenta quilates  
pues la nobleza de amor  
crece perseguido uniendo  
el amor la compasión.

La ausencia de su querido  
dulce amoroso Pastor,  
suplía de Fili amante  
la tierna imaginación.

Representándose en ella  
tan finamente su voz,  
gesto y semblante, que a veces  
que hablaba con él creyó.

Tan vivamente su imagen  
le presentaba el amor,  
que en vez de ausente presente  
mil veces le imaginó.

Todo cuanto amable veía

le acordaba su Pastor;  
si los corderos balaban  
movidos de su afición.

Si el cervatillo jugaba,  
si la hermosa amante flor  
seguía fina los rayos  
del que en ellos la abrasó.

Si la tórtola gemía,  
si el pajarillo cantor  
publicaba con gorjeos  
los contentos de su amor.

Si el céfiro susurraba  
de Flora amante al rededor,  
en todo imágenes veía  
de su amorosa pasión.

Y todo la recordaba  
de su Silvio la expresión,  
la ternura, los afectos,  
el cariño y el ardor,

con que a sus pies tantas veces  
postrados en ellos juró  
que más allá de la muerte  
viviría su afición.

Los Pastores a porfía  
luego que Silvio marchó  
de esta gallarda Pastora  
pretendieron el amor.

Mas en vano lo intentaron,  
aunque no hubo Pastor,  
ni Zagal en la rivera  
que osado no lo emprendió.

Porque era Fili Pastora  
desde su primer albor  
celebrada en Manzanares  
de hermosura y discreción.

Mas como Fili tenía  
ocupado el corazón,

y tan presente la imagen  
de su adorado Pastor,

cuanto hacían los Pastores  
por merecer su favor,  
en danzas, luchas, canciones,  
con el pastoril primor;

comparado con las gracias  
del que la suya robó;  
aunque mejor ser pudiese  
le parecía inferior.

Si algún Pastor la ofrecía  
una amorosa canción,  
luego para sí decía,  
la de mi Silvio es mejor.

Si jugaban, si luchaban,  
de Marte el fiero rigor  
imitando decía al punto  
mi Silvio lo haría mejor.

Y si expresar sus ternezas  
querían, decía son  
aunque les pese a estos necios  
los de mi Silvio mejor.

Cuando alabar su hermosura  
oía y su discreción,  
cuando su garbo y su aseo  
celebraban a una voz,

y cuando fuentes y espejos  
a competencia los dos  
de su gallarda persona  
retrataban el primor,

Lo estimaba sólo Fili,  
por prendas con que su amor  
regalaba y agradaba  
a su dichoso Pastor.

Y el ver que permanecía  
de su hermosura el verdor,  
que el tiempo no marchitaba

como a otras su esplendor,

daba sólo a esta Pastora  
contento y satisfacción  
por que la amaba y amase  
su venturoso Pastor.

¿Mas quién dijera, Zagalas,  
quién creyera que un amor  
tan fino, tan acendrado,  
tan constante ¡qué dolor!

Tan digno de que esculpiesen  
en jaspes su duración  
había de llorar mudanzas  
de Silvio, ingrato Pastor?

Volvió Silvio de su ausencia  
pero trocado volvió,  
y en nada agradaba a Fili  
aunque él afirma que no.

Volvió sin aquellos dulces  
suaves estilos que son  
indicios, y aun pruebas ciertas  
de que hay verdadero amor.

Volvió altanero, arrogante,  
desapacible, feroz,  
y por conclusión trocado  
aunque él afirma que no.

Volvió por fin tan distinto  
de lo que Fili esperó  
volviese, que su mudanza  
todo su amor entibió.

Y lo que alcanzar no pudo  
ni la ausencia ni el rigor,  
ni de tanto fino amante  
la porfía y el fervor,

alcanzó en breves instantes  
de su Silvio el desamor,  
no solo por él calmando  
tan extremada pasión,

tan excesiva fineza  
tanto querer, tanto ardor,  
mas convirtiéndola en ira,  
en odio y oposición.

Esto cantaba Frilena  
Pastora, cuyo primor  
en el cantar igualaba  
a la gala y discreción.

Y a la destreza y donaire  
con que siempre del amor  
evitar supo advertida  
el cruel y dulce arpón.

A las hermosas Zagalas  
que siguen al ciego Dios  
para aviso y escarmiento  
de las que serán y son.

## II

### *Imitando a uno de los Góngora*

Guarda corderos Zagala,  
Zagala no guardes fe,  
que quien te hizo pastora  
no te excusó de mujer.

No sé porque aquel discreto  
dulce plectro Cordobés  
a esta donosa sentencia  
no añadiría también,

Guarda corderos Zagala,  
Zagala no guardes fe,  
que los hombres comúnmente  
no la saben merecer.

Mira allí aquella Pastora,  
cuyo glorioso desdén  
fue del amor resistencia  
de sus arpones pavés.

Prendada infelizmente  
y enamorada de quien  
habiéndole, en fin, vencido  
la desestimó después.

Guarda corderos Zagala,  
Zagala no guardes fe,  
que los hombres comúnmente  
no la saben merecer.

Mira allí la otra Zagala,  
cuya soberbia altivez  
desaire era del que amante  
rendirla osaba emprender.

Que todo lo desdeñaba,  
que hollaba el mundo a sus pies,  
vencida llorar tibiezas  
del que ya ha querido bien.

Guarda corderos Zagala,  
Zagala no guardes fe,  
que los hombres comúnmente  
no la saben merecer.

Mira aquí esta otra hermosura  
tan tierna como fiel,  
sufriendo el mal de una ausencia  
con inviolable ley;

Mientras su alevoso amante  
falso, ingrato y descortés,  
a cuantas dicta el antojo  
la sacrifica cruel.

Guarda corderos Zagala,  
Zagala no guardes fe,  
que los hombres comúnmente  
no la saben merecer.

Mira de la otra belleza  
eclipsado el rosicler,  
dándola muerte una mano  
que la debía defender,

por unos injustos celos

que considerado bien,  
cual de los dos delinquía  
la merecía más él.

Guarda corderos Zagala,  
Zagala no guardes fe,  
que los hombres comúnmente  
no la saben merecer.

Mira de la honra de tantas  
manchada la blanca tez,  
por la sacrílega lengua  
e infecto aliento de aquel,

que el favor vociferando  
que alcanzó declara ser,  
con esta acción solamente  
infame e indigno de él.

Guarda corderos Zagala,  
Zagala no guardes fe,  
que los hombres comúnmente  
no la saben merecer.

Mira a ésta, mira a aquella,  
mira a éste, mira a aquél,  
y verás patentemente  
en todo un retrato fiel,

del engaño de los hombres  
de su inconstancia, su infiel  
correspondencia, y que siempre  
vuelven el mal por el bien.

Guarda corderos Zagala,  
Zagala no guardes fe,  
que los hombres comúnmente  
no la saben merecer:  
y quien te hizo Pastora  
no te excusó de mujer.

3.

*Que una Dama se hizo a sí misma, haciendo burla y gracejo de las desgracias que la vaticinaban sus apasionados, experimentaría en amor, en castigo de sus esquiveces.*



Marfisa vanagloriosa,  
emulación de Diana,  
que a cuantos intentan finos  
sacrificar en tus aras,

reverentes oblaciones,  
hijas de amorosas ansias,  
cual otro tierno Acteón,  
su noble delito pagan.

¿En qué han de parar, altiva,  
tan soberbias arrogancias?  
¿desdenes tan excesivos,  
esquivez tan extremada?

¿No temes cruel, no temes  
que de tal rigor, de tanta  
crueldad y altanería  
la misma Lucinda airada;

viendo que un mortal quiere  
competir y aventajarla  
en entereza, fulmine  
contra ti fieras venganzas?

¿No temes de Venus bella  
igualmente la cruel saña,  
y que unidas en tu daño  
las dos, aunque tan contrarias,

en pena de que desprecias  
su poder, y que desairas  
sus dominios, en amores  
te hagan tan desdichada,

que no te sirva lo hermosa,  
lo discreta y lo bizarra,  
si el hado cruel se empeña  
en castigar tu arrogancia?

Para que un día no llores,  
a pesar de tantas gracias,  
dejándote incautamente  
sorprender la confianza,

Los rigurosos efectos  
de esa dulce, cuan tirana  
pasión, única flaqueza,  
de nobles y grandes almas:

en unos furiosos celos,  
en una fe mal pagada,  
en un injusto desprecio,  
en una infame mudanza:

en un vil ingrato olvido  
de finezas extremadas,  
en un engaño alevoso,  
en una traición villana:

en una indigna tibieza,  
sensible por no esperada;  
en una no merecida  
vil correspondencia ingrata;

y finalmente en la pena  
el desconsuelo, la rabia,  
en la indignación, la ira,  
vergüenza, el furor, la seña,

que a una condición altiva  
causa el mirar empleadas  
indignamente sus prendas  
en quien no sabe estimarlas.

¡Ay de ti, bella Marfisa,  
si un día a sufrir llegaras  
pesares tan abatidos,  
aflicción tan desairada,

tan infames sentimientos,  
tan indecorosas ansias,  
pesadumbres tan sensibles  
a una condición gallarda!

Cupido por sus ternezas  
te libre de tal desgracia,  
y antes que tal te suceda  
tu altivez muerta se caiga.

4.

*Expresando una amorosa desconfianza*

No porfíen por ahora,  
Fabio, tus amantes ansias,  
que no está para atenderlas  
llena de sustos el alma.

Bastete haberla debido  
que en pena tan extremada,  
sin osar creerla, sólo  
supo el corazón llorarla.

No las expongas en tanto  
que el sobresalto no calma,  
porque no son compatibles  
fineza y desconfianza.

Desvanece antes, si puedes,  
las confusiones extrañas,  
que incesantemente al pecho  
atormentan inhumanas.

Que no te será difícil  
dejar mi fe asegurada,  
supuesto que mi deseo  
está en favor de tu causa.

Y hasta entonces no me esfuerce  
al dolor tu fina instancia  
de estar oyendo tu queja,  
y no poder remediarla.

Si tu amor es verdadero,  
debate, Fabio, esta gracia,  
quien tan generosamente  
supo dispensarte tantas.

Pero no, ¿qué es lo que digo?  
déjame en mis dudas, calla,  
y antes bien, ingenuamente  
mi ceguedad desengaña.

Pues mejor me estará, ¡cielos!

saber que ingrato me faltas,  
que no averiguar que fino  
mi amante ternera pagas:

y así, no te justifiques,  
vengan sospechas, mudanzas,  
y cuanto conspirar pueda  
contra mi pasión tirana:

que no ya inocente, no,  
culpado te busca el alma,  
porque ansiosamente anhela  
para aborrecerte causa.

Que aunque quiero que me ames,  
y gustoso el pecho te ama,  
no sé que tiene, que anhela  
su tranquilidad pasada.

Y así vuelvo a repetirte,  
sin que te ofenda mi instancia,  
que en lugar de hacerte amable,  
aborrecible te hagas.

Solicita mi fineza  
cuando la de otra idolatras,  
confunde infiel mis caricias  
con las de cuantas te agradan:

vende traidor mis halagos,  
alevoso mi fe engaña,  
y sepa yo de una vez  
que indignamente me agravias...

¿Pero qué es lo que te ruego?  
no, Fabio querido, aguarda,  
muera yo contigo siempre,  
y no viva sin ti nada.

Correspondida te adoré,  
y que tu amante constancia  
sea disculpa y abono  
de mis amorosas llamas.

Se tú excepción de los hombres,  
y yo de mujeres mapa,

y que por nosotros quede  
sin crédito la inconstancia.

Esto, Fabio de mi vida,  
Nise tierna te declara  
noblemente persuadida,  
que como amante es amada.

¡Pero ay de ti y ay de mí!  
si burlas su confianza,  
no le permitan los cielos,  
y ellos felice te hagan.

5.

*De una amada que habiendo empezado a favorecer a su amante, se arrepiente de su  
piedad y quiere retroceder de su fineza por las razones que expresa*

Lesbio, aunque tu amor lo sienta  
darte cuenta determino,  
de las rigurosas ansias  
que afligen cruelmente al mío.

No me mueve a ejecutarlo  
traición, mudanza, ni olvido,  
ni de una pasión lograda  
el decantado fastidio.

Tienen mis fieros pesares  
más generosos principios,  
pues nacen del noble origen  
de mi amoroso delirio.

Mi fe sólo verdadera  
impele fiel mis suspiros,  
no bastardas impresiones,  
mi bien, de un deseo ya tibio.

Esta verdad presupuesta,  
escucha, pues, compasivo  
de tu enamorada Fenis,  
el tierno amante gemido,

Yo, Lesbio, negar no puedo

que tu rendimiento fino  
nada que anhelar le deja  
a mi amante desvarío.

Tan al compás de mi genio  
idolatrarme has sabido,  
que parece que naciste  
para adular mis caprichos.

A tu constante fineza  
debo el testimonio digno,  
de que cuanto más triunfante,  
has estado más rendido.

Desde el instante en que pía  
dichoso la suerte te hizo,  
tus amorosos desvelos  
se han ostentado más finos:

mas fervorosas tus ansias,  
y con sumo gozo mío  
te he encontrado más amante  
cuando más favorecido.

Con tu perenne fineza  
consigues que mi albedrío  
no se avergüence y sonroje  
de contemplarse cautivo.

No obstante mis altiveces  
logras con tu noble estilo,  
que el corazón no eche menos  
la libertad que ha perdido.

Al revés de aquellos necios,  
torpes amantes indignos,  
que son sólo amables, mientras  
no llegan a ser queridos.

Dos pruebas a mi ver tiene  
el verdadero amor fino,  
cuyo contraste descubre  
los quilates del cariño.

La una son los favores,  
y la otra los desvíos,

y una misma consecuencia  
sale de opuestos principios.

El que desdeñado adora,  
y el que ama favorecido,  
son, pues, los que justamente  
merecen nombre de finos.

Gustosa en entrambos casos  
te he experimentado y visto,  
constante a las esquivas,  
al favor agradecido;

en los logros amoroso,  
en los rigores sufrido,  
a los desdenes de bronce,  
de cera a los beneficios.

Pero estas pruebas que sobran  
para que el tierno amor mío  
viva contento, no bastan  
para que viva tranquilo.

A pesar de tus esmeros,  
a cada paso imagino,  
que he de encontrar con el áspid  
entre las flores que piso.

Miserablemente en medio  
de mi mayor regocijo,  
viene a saltearme inhumano  
un recelo mal nacido.

Proposición no te escucho  
de las que arroja el descuido,  
que no le ocasione al alma  
mil mortales parasismos.

Hasta el sueño conspirado  
también en agravio mío,  
en tristes lúgubres sombras  
me envía funestos avisos:

sustos, ilusiones, miedos,  
cuidados y basiliscos  
me rodean, sin que basten

a tranquilizar mi juicio:

ni de tu amor los perennes  
testimonios repetidos,  
ni el mérito que me adorna,  
y confesar no resisto:

conociendo que no es siempre  
apreciado lo más digno,  
y los riesgos que amenazan  
tus verdes años floridos.

¡Pero qué mucho que tema,  
si me has contado tú mismo,  
que habiendo amado algún tiempo  
a un soberano prodigio,

de cuya noble fineza  
lograbas dulces cariños,  
y de la que tiernamente  
te hallabas correspondido,

solicitabas ansioso,  
en pensarlo me horrorizo  
de otras comunes beldades  
el obscuro empleo indigno!

Aun antes que te quisiera  
se asustaba el valor mío,  
siempre que te contemplaba  
torpemente divertido.

¡Qué será, Lesbio, del alma!  
¡Qué será después que el vivo  
fuego de amor en mi pecho  
llama tan fiera ha encendido!

¿Cómo ha de estar confiado  
por más que lo intentes fino,  
la que a vulgares halagos  
tan entregado te ha visto?

Dirasme que antes de haber  
tu rendimiento admitido,  
esas tristes contingencias  
debería haber previsto,



o para rehusar entonces  
tus amorosos servicios,  
o para animosamente  
despreciarlas admitidos.

Yo la razón te concedo  
que tendrás para decirlo,  
pero hasta que me vi en él  
no advertí necia el peligro:

como aquel que a obscuras anda  
por ignorado camino,  
que hasta verse despeñado  
no conoce el precipicio;

y pues no es dable que pueda  
tolerar mi pecho altivo  
el ver su fineza expuesta  
a la injuria de un olvido;

ya que no es posible odiarte,  
por lo menos solicito  
poner el debido coto  
a mi ciego desvarío.

Ya desde este instante, Lesbio,  
firmemente determino,  
volver a cobrar del alma  
el antiguo señorío.

No esperes ya oír los tiernos  
amorosos desatinos,  
con que expresiva mil veces  
lisonjee tus oídos.

Dentro del pecho se ahoguen  
de amor ardientes suspiros,  
y vuelva de mis potencias  
el usurpado dominio.

Conozco que ha de costarme  
después de un duro martirio,  
el renunciar tus caricias,  
la vida, Lesbio querido:

mas no importa, porque antes  
resuelta morir elijo,  
que sobrevivir al ansia  
de verte desconocido.

Para mí fuera el más recio,  
cruel y acervo suplicio,  
el verte, no digo ingrato,  
pero sólo menos fino:

Por lo mismo que presumo,  
quizá sin justo motivo  
que merezco más que muchas,  
más que todas desconfío:

porque cuanto más se estime  
un noble espíritu altivo,  
más debe temer prudente  
los desaires del destino.

Cuyas heridas no imprimen  
en los pechos abatidos,  
pero indelebles se estampan  
en los generosos bríos.

Bellezas tiene la Corte,  
cuyos altos atractivos,  
de tu gallarda persona  
podrá ser empleo digno.

La justicia que yo, todas,  
que hagan, mi bien, es preciso,  
a tus singulares prendas,  
y a tu valor distinguido.

Todas, más que yo merecen,  
y serás ¡ay hado esquivo!  
con cualquiera más dichosa,  
de ninguna más querido.

Pues más que yo son felices,  
gocen ellas, Lesbio mío,  
tus amantes expresiones,  
tus lisonjeros cariños;

y en mi pecho resucite

el feliz sistema antiguo,  
de cifrar todos mis gustos  
en indiferencia y libros:

pues que yo con el esfuerzo  
no me hallo que necesito,  
para vencer los temores  
en que mísera cavilo.

Y así, aunque a mi amor le pese  
hoy al tuyo le suplico,  
que de su arrogante empeño  
desista ya compasivo.

Que será menos sensible  
que cesen tus sacrificios,  
antes que por tu mudanza,  
Lesbio, por decreto mío.

Mas no por eso pretendo  
que me olvides fementido,  
pues antes eternamente  
de tu gratitud exijo,

que me ames, como te he amado,  
me quieras como he querido,  
como te aprecio me aprecies,

y estimes como te estimo.

Y con esto, a Dios te queda,  
mientras al cielo le pido,  
que tus venturas apuesten  
duraciones con los siglos.

6.

*A uno que siendo muy fácil en mudar de amores y de amantes, decía sin embargo que sabía amar y que había amado muy de veras.*

Miente Fabio cuando dice  
que de veras ha querido,  
que no olvida ni aborrece  
tan fácilmente quien quiso:

en eso se diferencian  
el amor y el apetito,  
que este cuenta por instantes,  
si pudiera aquel por siglos.

Dos veces querer a Fabio  
con igual extremo he visto,  
la una su amor paró en odio,  
la otra en un ingrato olvido.

Quien así quiere, no extrañe  
le respondan con el mismo  
querer y pues que si se haga  
nos dice un adagio antiguo.

Deseos tan mal formados,  
afectos tan mal nacidos,  
tan despreciable fineza,  
tan aborrecible estilo,

ansias tan abominables,  
nacidas de un vil principio;  
llama tan vaga y errante,  
legítima hija del vicio:

holocaustos tan comunes,  
rendimientos tan indignos,  
votos tan irreverentes,  
tan infames sacrificios,

no aspiren llegar osados,  
sacrílegos y atrevidos  
a las supremas deidades  
que habitan el sacro Olimpo:

conténtense con ir siempre  
arrastrando y abatidos  
por el valle, pues son sólo  
de la baja venus dignos.

Y así nobles hermosuras,  
regias beldades, divinos  
simulacros de las aras  
sagradas del Dios Cupido,

guardad de vuestro decoro,  
los privilegios altivos,  
con que del vulgo de tantas  
distinguir la suerte os quiso:

vivid alerta contra esos  
falsos traidores suspiros,  
que teniendo tan villanos  
padres y tan abatidos,

origen tan vil e infame,  
solar tan desconocido,  
quieren sin embargo, alevos,  
de nobles parecer hijos.

No sea que el candor vuestro,  
desconociendo benigno,  
de vulgares amadores  
los engaños y artificios,

tomando por eco amante  
el que es de serpiente silbo,  
os haga indebidamente  
triunfo infeliz de un indigno.

Advirtiéndolo que igualmente  
en las guerras del Dios niño,  
como en las del arrogante  
fiero Marte vengativo;

si aumenta al vencedor glorias  
el valor de los vencidos,  
del vencedor los valores,  
son disculpas del vencido.

7.

*Dedicado a las Damas de Madrid, y generalmente a todas las del mundo*

Altas y nobles beldades,  
discretas y hermosas Damas,  
que al humilde Manzanares  
ilustráis con vuestras gracias:

cuyo sazonado chiste,  
cuyo garbo, cuya gala,  
cuya viveza, donaire  
y disposición bizarra,

os han hecho tan famosas  
en las regiones extrañas,  
que entre todas las del mundo  
sois mantuanas celebradas.

Sexo hermoso, combatido  
sin piedad, con furia tanta,  
a pesar y sin embargo  
de creer vuestras fuerzas flacas,

por continuos enemigos,  
que con soberbia arrogancia,  
y aun cobardes, pues que lidian  
con tan desiguales armas

continuamente os acechan,  
y suponiendoos incautas,  
de la buena fe abusando  
os sitian, cercan y asaltan:

una afecta vuestra, una  
amiga, una apasionada  
de las relevantes prendas  
que os adornan y acompañan,

deseando que discretas  
no malogréis dichas tantas,  
y el sinsabor excusaros  
de verlas mal empleadas,

compadecida, ¡oh hermosas  
condolida y lastimada  
ver cuan frecuentemente  
la confianza os engaña;

persuadiendoos ¡qué locura!  
neciamente lisonjeadas  
del amor propio a que todos  
los que os desean os aman;

en precaución del peligro

de tanto daño si basta  
alguna para evitarse  
males que el deseo abraza

con el más sincero afecto,  
del que la debéis llevada,  
hoy a vuestros pies dedica,  
hoy ofrece a vuestras plantas.

Estos mal formados rasgos  
de sus poesías varias,  
con que ha divertido a ratos  
la ociosidad que la agrava:

en las cuales, al impulso  
de prolijas meditadas,  
continuas observaciones  
del hombre y de sus mudanzas,

ha sacado las pinturas,  
que en ellas van dibujadas,  
con el buen fin y deseo  
de que al verlas, al mirarlas,

precaviéndoos advertidas,  
en otras escarmentadas,  
contra enemigos tan fieros  
sepáis defenderos cautas:

y que ya que no es posible  
de enemigos tan de casa  
libertaros, por lo menos;  
prevenidas y avisadas,

sepáis de vuestro decoro  
las prerrogativas altas  
conservar, estando alerta  
contra sus alarmas falsas,

y en conociendo el engaño,  
la vil traición, la asechanza,  
la engañosa batería,  
la correspondencia ingrata,

a combates tan villanos,  
a tan indignas batallas,

sin recelo de ignominia,  
volváis prudentes la espalda:

y aunque el contrario os insulte  
con afrentosas palabras,  
desistid de tal empresa,  
aunque esté ya comenzada:

que el proseguir en un yerro  
porque se empezó, dilata  
el error, y es cobardía  
en lugar de ser constancia:

que un yerro, una inadvertencia  
corregida y enmendada,  
de los juiciosos siempre  
mereció las alabanzas;

y un jugador advertido  
si ve que un naipe le daña,  
con destreza prontamente  
de su juego le descarta:

porque un azaroso naipe  
el juego todo desgracia,  
entonces es necesario  
dejarle, o mudar baraja.

Esto, nobles hermosuras,  
esto, hermosas Mantuanas,  
quien vuestras glorias desea,  
quien os quiere, quien os ama,

quien vuestros fastos procura,  
vuestro aplauso, vuestra gala,  
os aconseja y advierte  
de su afección obligada:

porque ya que no insensibles  
seáis a pasión tan gratas  
a encanto tan halagüeño,  
a propensión tan tirana,

a tan violento atractivo,  
a tan poderosa instancia,  
que los más nobles esfuerzos



lleva tras sí y arrebatada.

Y ya que no de invencibles,  
en guerras tan obstinadas  
como las que amor os hace,  
podáis blasonar ufanas,

el rendimiento a lo menos  
sea en tales circunstancias,  
con tan honrosos partidos,  
con tan gloriosas ventajas,

que esos fieros enemigos  
que en vencer creen que avasallan,  
a vuestra condescendencia  
no intenten hacer esclava:

y sepan que si atendidas  
quieren que sean sus ansias,  
si el grado y la fineza  
quieren lograr vinculadas,

con rendimientos continuos,  
con sumisiones, con gratas  
y finas correspondencias  
de los favores que alcanzan;

con perennes gratitudes  
y finezas continuadas,  
han de lograr solamente  
fijarla y afianzarla.

Y que el que quiera gloriarse  
de que le estiman, que le aman,  
que admiten sus sacrificios,  
que sus ofrendas agradan;

que distinciones merece,  
que glorias consigue ufanas,  
que facilita imposibles  
y que deidades humanas

ha de saber adquirirse  
discreto dichas tan altas,  
y finalmente el que amado  
ser quiera, amable se haga.

De otra suerte ignominiosa,  
afrentosa, vil y baja,  
haréis la pasión más noble,  
más ilustre, más hidalga,

más generosa, más digna,  
más ínclita y celebrada,  
de cuantas combaten fieras  
la debilidad humana:

a la que sólo rendirse  
saben generosas almas,  
remontados corazones,  
fieras elevadas garzas,

nobles altivos alientos,  
peregrinas arrogancias,  
espíritus altaneros,  
divinas deidades sacras:

que en vencer y ser vencidos,  
puede haber gloria e infamia,  
atendidas de uno y otro  
suceso las circunstancias.

8.

*Al desengaño de un amante, que no amando ya a su amada como antes la había amado, quería fingir el mismo amor que antes la había tenido, y seguir en el empeño de obsequiarla.*

En vano te cansas, Julio,  
en vano tu amor esfuerzas,  
tu Clori ya se mudó,  
llamar puedes ya a otra puerta:

mientras tu Clori pensó  
que la amabas tierno, mientras  
tus caricias y expresiones  
juzgó Clori verdaderas,

mientras tus dulces palabras  
tuvo, Julio, por ingenuas,

mientras de tu alevosía  
no tuvo Clori sospecha:

mientras creyó confiada  
como hermosa, que eran ciertas  
tus finas amantes ansias,  
tus amorosas protestas,

tus cuidados, tus esmeros,  
tu solicitud, tus quejas,  
tu siempre bien expresada  
y aparentada fineza:

de ejemplo al mundo la suya  
pudo servir y de regla,  
de única en él blasonando,  
cuando no de la primera.

De tal suerte que al ver todos  
y al mirar la indiferencia  
con que Clori contemplaba  
todo lo que tú no era,

la Penélope segunda  
la llamaban, que discreta  
destejiendo y retejiendo  
la tan afamada tela,

entretenía animosa  
tan constante como tierna,  
de un amor cuasi difunto  
esperanzas cuasi muertas:

y con ellas aguardaba,  
con indecible firmeza,  
de su fiel amante Ulises  
la tan deseada vuelta:

pero habiendo visto Clori  
con indubitables pruebas,  
que imitas al Griego sólo  
en traiciones y cautelas,

en engaños, en falacias,  
y en las mentidas finezas,  
con que a Circe y a Calipso

correspondió con fe griega:

y no en el vivo deseo,  
en las ansias verdaderas,  
con que en medio de los gozos  
de la primavera eterna,

que reinaba y disfrutaba  
en las regiones amenas  
de la hermosa inmortal Ninfa,  
y de la bella hechicera,

continuamente procura,  
suspira y por ver anhela  
los Patrios muros de Ítaca,  
y su amada esposa bella;

y menos en la constancia,  
en el esfuerzo y destreza  
con que de Scila y Caribdis  
huyó las gargantas fieras,

y burlar supo en el golfo,  
temido las halagüeñas  
voces de las cantadoras,  
o encantadoras Sirenas:

pues contra lo que esperaba  
Clori, y esperar debiera,  
a pesar de tus falaces  
y mentirosas promesas,

todo el discurso y el tiempo  
de tu fingida fineza,  
ha sido un continuo enlace  
de traiciones y de ofensas:

de engaños, de alevosías,  
de malas correspondencias,  
de ficciones, disimulos,  
y mal pagadas ternezas.

La de Clori, Julio mío,  
se ha entibiado de manera,  
que de todo aquel gran fuego,  
de aquella máquina inmensa,

de aquel ardor amoroso,  
de aquella pasmosa hoguera  
en que amante se abrasaba  
tan gustosa como tierna,

apenas rescoldos tibios,  
apenas tibias pavesas,  
o cenizas cuasi frías,  
son las que se ven apenas:

tantas y tales mudanzas,  
tales y tan lastimeras  
novedades ocasiona  
en amor, una fe incierta:

¿por qué pensarás, o Julio,  
que de amor la madre bella,  
alas le daría a su hijo,  
con las que ligero vuela?

¿Piensas acaso que es solo  
para que inconstante sea,  
vario, mudable, atrevido,  
y lleno de inconsecuencias?

Pues te engañas, Julio mío,

que Venus amante y tierna  
se las dio para que cuando  
sus agravios amor viera,

cuando vea la inconstancia,  
el engaño, la cautela,  
la traición, la alevosía,  
la ingrata correspondencia

a tan monstruosas fealdades,  
a monstruosidad tan fea,  
la espalda airado y resuelto  
velozmente volver pueda:

amor para que subsista,  
para que medre y que crezca,  
necesita del halago,  
de la amorosa terneza,

del cariño el agasajo,  
de la fiel correspondencia,  
del constante rendimiento,  
de la continua fineza,

del contento, la alegría,  
la cortés condescendencia,  
de la complacencia amante,  
y de la fe verdadera:

de otra suerte al menor soplo  
de la liviandad se vuela;  
se desaparece, huye,  
y tan distante se aleja,

que el pretender, Julio mío,  
que una vez que se fue vuelva,  
es querer surcar los aires  
y en el mar encontrar huellas.

Bien sabes que sin Anteros  
se moría de tristeza,  
amor, y que se le dieron  
para que vivir pudiera:

si el amor, pues, sin Anteros,  
que es la fiel correspondencia,  
ni ser, ni medrar podía  
y para que no muriera,

para que no falleciese  
del todo, y no careciera  
el mundo, por esta falta,  
de su mayor excelencia,

fue preciso, y fue forzoso,  
dársele en fin. ¡Qué extrañeza  
te ha de hacer, que sin el tuyo,  
el de tu Clori fallezca!

Del amor, Julio querido,  
todo el ser, toda la esencia,  
la constituye y le forma  
del amante la ternera:

ésta es la que deidad le hace,  
ésta la que le aparenta,  
con un cuerpo que no tiene,  
con aljaba y con saeta.

Ésta la que ser le influye  
y la que hace que parezca  
un ente distinto, siendo  
los dos una cosa misma:

pues el ardor del amante,  
sus extremos, su fineza,  
sus implacables deseos,  
su ansia, sus gozos, su pena,

es el mismo que con arco,  
con carcaj, vendado y flechas,  
alado, desnudo y niño,  
la fábula nos presenta:

queriendo sólo con tales  
tan demostrables señas,  
de sus daños, atributos,  
y efectos darnos la idea:

si amor, pues, no es otra cosa  
que aquella afición, aquella  
fiel voluntad que el amante  
a su amado le profesa,

faltando esta, es preciso  
que en nada aquel se resuelva,  
que deje de ser cupido,  
todo desaparezca:

a manera de los duendes,  
de los que hablillas añejas,  
sentando que esta alimaña  
hay en la naturaleza;

animales invisibles  
e irracionales, que engendra  
la putrefacción y masa  
de los vapores grosera,

que en las cuevas, subterráneos

y otros parajes se encuentran,  
con novedad y con chiste,  
dicen que son y asevera,

de la que ellos asimismo  
se mantienen y alimentan,  
y viven sólo aquel tiempo  
que existe y subsiste aquélla:

y que de oírlos a tiempos  
es esta razón previa,  
porque se mueren y acaban  
luego que les falta esta.

De la evidencia prescindo  
del argumento y sus pruebas,  
y el símil aplico sólo  
porque hace al caso a mi tema:

y con él, Julio querido  
te declaro, que es quimera,  
desvarío, desatino,  
temeridad, vana empresa:

sabiendo que no las has,  
Julio, con alguna necia,  
intentar suplir la falta  
de una afición verdadera,

con un afecto fingido,  
con una vana apariencia,  
con un alevoso engaño,  
con una falsa fineza;

que amor verdadero tiene  
tan indubitables señas,  
tan precisas circunstancias,  
tan infalibles las muestras;

tan evidentes, seguras,  
y tan constantes las pruebas,  
que no es posible engañarse,  
ni que equivocarse puedan.

Y así deja, Julio mío  
intento tan vano, deja



de añadir a tu inconstancia,  
del engaño las ofensas;

y pues que Clori al auxilio  
el desengaño, ya llega  
a verse de los combates  
de su pasión más serena;

no la inquietes, no la irrites,  
déjala que viva, deja  
que tome de tus injurias  
esta venganza, siquiera;

que yo en su nombre en el mío,  
en el de la razón misma,  
te repito aunque les pese  
a tus injustas querellas,

que en vano te cansas, Julio,  
en vano engaños esfuerzas,  
tu Clori ya se mudó,  
llamar puedes ya a otra puerta.

9.

*Imitando al de aprended flores de mí lo que va de ayer a hoy, &c.*

Aprended Clicies de mí  
lo que va de ayer a hoy;  
de amor extremo ayer fui,  
leve afecto hoy aún no soy:

ayer de amor poseída,  
y de su aliento inflamada,  
en los ardores vivía,  
del fuego me alimentaba;

y a pesar de la violencia  
con que sus voraces llamas,  
cuanto se opone a su furia  
arden, consumen y abrasan,

como pábulo encendido,  
cual cantada Salamandra,

solamente hallaba vida  
entre sus ardientes ascuas:

y hoy en tan tibios ardores  
yace o desfallece el alma,  
que el frío carbón apenas  
da señas de que fue brasa.

Ayer los fieros volcanes  
de amor, no sólo halagaban  
el pecho, si no que amante  
fuera de ellos no se hallaba:

y sin ellos decadente  
y exánime desmayaba,  
y moría y perecía  
como el pez fuera del agua:

y hoy no sólo temeroso  
y pavoroso se espanta  
de la más leve centella  
que en el aire corre vaga,

sino que el horror y miedo,  
que a la luz la fiera brava  
tiene, imitando a cualquiera  
resplandor vuelve la cara:

ayer por poco el incendio  
en que amante me abrasaba,  
vuelve en pavesas el mundo,  
todo, y en humo le exhala:

y en una hoguera la hermosa  
máquina de él, transformada,  
por poco vuela en cenizas,  
de mi ardor comunicadas:

y hoy apenas de que ha habido  
lumbre dan señas escasas  
tibios rescoldos; tan muertas  
yacén ya, y tan apagadas.

Ayer de verme amar tierna,  
hasta lo insensible amaba,  
y de mi ejemplo movidas

las piedras inanimadas,

contra su naturaleza  
y dureza decantada,  
del amor y sus halagos  
sentían las dulces ansias;

y hoy de mis tristes lamentos  
y de mis quejas amargas,  
la región toda amatoria  
conmovida y espantada:

los símbolos de amor mismo,  
las enamoradas plantas,  
la arrulladora paloma,  
la tórtola amartelada,

temiendo encontrar desdichas  
donde gozos esperaban,  
los patrios amantes nidos  
abandonan asustadas.

Tanto puede, tanto influye,  
tanto mueve, tanto daña;  
tantos y tales estragos,  
y metamorfosis causa,

un doble alevoso trato,  
un engaño, una fe falsa,  
una indebida tibieza,  
y correspondencia ingrata;

un desengaño, una injusta  
veleidad, una villana  
aspereza, una grosera  
ficción, una vil mudanza:

y pues veis y habéis notado  
regularmente en que paran  
de los más finos anhelos  
y más amantes constancias,

por falta de verdaderos  
amadores, y de gratas  
ardientes correspondencias  
las más amorosas ansias;

haciéndoos como discretas  
el escarmiento, avisadas,  
infiriendo de lo de hoy  
lo que podrá ser mañana.

Aprended, Clicies, de mí  
lo que va de ayer a hoy;  
de amor extremo ayer fui,  
leve afecto hoy aún no soy.

10.

*A un vicioso y abandonado, que se alababa de no haber amado en tu vida, y decía ser incapaz de amar.*

De un gran necio te acreditas,  
pensando que de discreto,  
cuando ostentas que es, y afirmas  
incapaz de amar tu pecho:

porque has de saber, Crisanto,  
que sólo un entendimiento  
verdadero, claro, exacto,  
de buenos principios lleno,

una alma grande, dotada  
de todos los privilegios  
que la hacen y constituyen  
racional en su complejo,

un ánimo generoso,  
un corazón bien dispuesto  
y organizado, ser puede  
capaz de un noble afecto:

porque para amar es fuerza  
preceda el conocimiento  
de las virtudes que amable  
hacen al amado objeto;

y éste no puede encontrarse  
ni existir sino en discretos,  
en entendimientos grandes,

en juicios sanos y rectos:

pues así como es el blanco  
del juicio lo verdadero,  
de la voluntad humana  
es, y debe ser lo bueno.

Y esta discernencia, esta  
síndéresis o criterio  
de la bondad y lo justo,  
no es repartición de necios:

con que haz cuenta, que pensando  
que dices un buen concepto,  
cuando de incapaz te alabas  
de tan noble sentimiento,

profieres inadvertido  
un disparate estupendo,  
un desatino evidente,  
y contra ti un vilipendio:

pues de un afecto tan digno,  
segregándole lo excelso  
que incluye, lo más precioso,  
más estimable y supremo,

que es aquella pura y limpia

voluntad, que prescindiendo  
de accidentes y materias  
sabe arder en puros fuegos;

te quedas con lo más torpe,  
más despreciable y grosero,  
que es el apetito: escoria  
del vulgo de los afectos:

con el que vil se asemeja,  
si él solo de sus deseos  
es el móvil y principio  
el hombre al bruto jumento:

pues éste, sin que preceda  
razón, ni elección, a tiempos  
como tú, por solo instinto,

siente el estímulo mismo.

Mira el favor que por ese  
mal entendido gracejo  
te haces a ti propio, y pide  
albricias al pensamiento:

pues por él, inadvertido,  
sin reflexión, indiscreto,  
te igualas a los que pueblan  
el monte y bosques espesos;

a las aves, a las fieras,  
al caballo, al gato, al perro,  
a los reptiles más viles,  
y al más despreciable insecto:

quedémonos, pues, Crisanto,  
en esto acordes, e ingenuo  
confiesa que es capaz sólo  
de amor el sabio, el discreto,

el de un pensar escogido,  
el de un espíritu entero,  
el hombre fino, educado,  
no el ordinario y plebeyo:

que éste sólo el apetito  
conoce y torpe fomento,  
la insolencia, la torpeza,  
y del amor lo ratero:

que de funciones del alma,  
como el bruto, cuasi, ajeno,  
desconociéndolas todas,  
sólo atiende a las del cuerpo:

y deja la empresa vana  
de aparentarte, creyendo  
que estriba en eso el ser fuerte,  
o siquiera el parecerlo:

incapaz, como los brutos,  
de un sentimiento tan bello,  
que es un distintivo, entre otros,  
que te distingue de aquellos;

contra lo que interiormente  
te está el corazón diciendo,  
y a pesar del testimonio  
que te da el alma allá dentro,

por sólo parecer fuerte  
a los bobos; que los cuerdos,  
a pesar de tu artificio  
te conocerán el juego;

a manera del cobarde,  
que para ocultar su miedo  
a la vista, con frecuencia  
ostenta el brillante acero.

Y sabe, Crisanto mío,  
igualmente y asimismo,  
que el ser fuerte no consiste  
en ser un hombre estafermo;

en carecer de pasiones,  
en no tener sentimientos;  
que eso en lugar de los vivos  
fuera tratar de los muertos:

sino en no dejar que aquellas  
dominen nunca el sujeto  
que acompañan; pues es sólo  
de ellas culpable el exceso:

la demasiada vehemencia  
con que a veces sin remedio,  
por una condescendencia  
nimia, oprimen alma y cuerpo:

que hombre sin sentido humano,  
y sin pasiones, es cuento  
que existe sólo en ideales  
y voluntarios conceptos:

y cuando se hallara, fuera  
por eso mismo imperfecto;  
pues de responder dejara  
por lo mismo a su compuesto:

y para que lo comprendas  
claramente y sin rodeos,  
te lo explicaré, Crisanto,  
mejor, con un argumento.

Es cierto que el hombre consta  
de alma racional y cuerpo;  
y que de las tres potencias  
consta aquélla, es también cierto:

si el hombre sin ejercicio  
las tuviera, y sin empleo,  
del fin a que fue criado  
desdijera, y de sí mismo:

porque el Criador divino,  
el sumo hacedor supremo,  
que ningún ente produjo  
por acaso, ni superfluo,

la dotó liberal de ellas  
justamente y con intento,  
de que las emplee en justos  
dignos debidos objetos:

y que rastreando advertido,  
sagaz, entendido y diestro,  
por lo bueno lo mejor,  
por lo mejor, lo más bueno,

fuera por sí, y de este modo,  
de grado en grado subiendo,  
hasta llegar a aquel sumo  
bien, de toda bondad centro:

origen de la hermosura  
y discreción, complemento  
de todo lo más amable,  
de lo bueno y lo perfecto:

y conocido, le amase  
como debe, pues es cierto  
que lo bueno de justicia  
debe amarse, y de derecho.

Además de que de todas,



a las que el hombre sujeto  
está desde su pecado,  
es ésta la de más precio,

la más noble, la más digna  
de su racional compendio;  
la sola que con el alma  
pasa dichosa a lo eterno:

con que no siendo posible  
que sin humanos afectos  
o pasiones, se halle el hombre  
en su natural completo:

pues si se hallara, sería  
una disonancia, un yerro  
de la gran naturaleza,  
y más que hombre, monstruo fiero;

dicho se queda, que sólo  
en evitar los extremos  
de ellas, y saber en todas  
guardar un prudente medio,

consiste la fortaleza,  
el ser racional, discreto,  
la Justicia, la templanza,  
virtuoso, sólido y cuerdo.

Y si tan claras razones,  
y tan fundado argumento  
no te dejan convencido  
de engaño y error tan feo,

y a pesar de todo, quieres  
mantenerte en él, creyendo  
pueril, flaca y vanamente  
hacer de hombre fuerte en eso;

y antepones obstinado  
a los honestos anhelos,  
que el decente amor inspira  
los brutales movimientos,

dejándote por lo que eres,  
enviarte en fin resuelvo

a los bosques y a las selvas  
con tus dignos compañeros.

11.

*Elogios y Encomios al amor verdadero, decente, lícito y honesto*

¡Oh amor, de las pasiones  
del hombre, la más hidalga,  
la más noble, la más digna,  
la más regia, la más alta!

Apolo me dé benigno  
su fuego, y las nueve hermanas  
me asistan, para que pueda  
con voz sonora y templada,

de tus heroicas virtudes,  
de tu noble ser, tu gala  
y de tu mucha excelencia  
cantar hoy las alabanzas.

Hablo del amor honesto,  
de aquella divina llama  
que del sacro consistorio  
a la tierra destellada;

uniendo en decentes lazos  
de un casto afecto las almas  
hermosea y vivifica  
la naturaleza humana:

y excluyo de todo punto  
la abatida, la vil, vaga  
concupiscencia común,  
hija del amor bastarda;

como fea, como espuria,  
como aleve, como ingrata,  
como impropia y como indigna  
de lucir en nobles aras:

y volviéndome ¡oh amor!  
a ti, a tu nobleza rara,

a tus dignos atributos,  
a tus gloriosas hazañas,

digo, ¿qué fuera del mundo  
ya, si la divina sacra  
providencia, con el suyo  
infinito no ordenara,

que máquina tan hermosa,  
en debida consonancia,  
el todo con cada parte  
correspondencia guardara?

A ti, ¡oh noble ser! virtud  
de la inmensa dimanada,  
se debe la gran concordia,  
la correspondencia grata,

que entre sí los elementos,  
los principios y las causas  
segundas, en sus efectos,  
movidas de la primaria,

con admirable armonía,  
con dirección siempre sabia  
para bien del universo  
tienen, conservan y guardan:

con la que incesantemente  
producen las variadas,  
maravillas y prodigios  
que nuestra vista regala:

y renovando cada año  
sus producciones, sus gracias,  
mantiene el mundo en perpetua  
juventud continuada:

donde tú existes, ¡oh amor!  
ninguna cosa por alta,  
por noble y grande que sea,  
por preciosa y estimada,

las riquezas, poderíos,  
las magníficas estancias,  
los edificios soberbios,

las profusiones, las galas,  
los mandos, los señoríos,  
los regalos, la abundancia,  
ni los preciosos tesoros  
se echan menos ni hacen falta:

y al contrario, donde tú  
no asistes, ¡oh amor! de nada  
sirve el poder, la riqueza,  
el fausto, el lujo, la gala;

los Palacios más hermosos,  
las más preciosas alhajas,  
los festines, los paseos,  
las opulencias bizarras,

los trenes y los arreos,  
la mesa exquisita y grata,  
pues nada de esto, ¡oh amor!  
da gusto, donde tú faltas:

que así como el ser inmenso  
él a sí mismo se basta,  
y sin él ninguna cosa  
subsiste, ni ser alcanza;

donde tu favor no adorna,  
no sazona, no acompaña  
las demás satisfacciones,  
el todo se vuelve en nada:

pues sin ti, sin tus halagos,  
sin tu hermosa activa llama,  
en las mayores delicias  
sólo fastidios se hallan:

diganlo tus desgraciados,  
diganlo cuantos y cuantas  
por no querer tú asistirlos  
por tu ausencia, por tu falta,

en las mayores grandezas,  
en las fortunas más altas,  
y en soberbias posesiones  
viven una vida amarga;

y trocarían su suerte,  
en tu agrado, y con tu gracia,  
en medio de sus riquezas,  
por la más pobre y más baja:

dígalo el gusto que reina  
en las pajizas cabañas  
contigo, y sin ti el disgusto  
en las torres más ufanas:

contigo todo da gusto,  
todo alegre, todo agrada,  
y sin ti todo da enojos,  
todo ofende, todo enfada:

desdichado el himeneo  
que sin ti enciende su llama,  
y dichoso el que contigo  
la tea nupcial abrasa:

a ti se debe, ¡oh amor!  
dulce afecto de las almas,  
las sucesiones continuas,  
que en las familias preclaras,

desde el principio del mundo  
ilustrando las prosapias,  
han dado dichosamente  
tantos héroes a la fama:

continuamente por ti  
todas las especies varias  
de la gran naturaleza,  
se ven, amor, renovadas:

siendo el verdadero Fenis  
tú, mejor que el de la fama,  
pues produciendo renuevos  
continuos de los que acaban;

de las cenizas de unos,  
a otros das ser y levantas,  
disponiendo sabiamente  
si unos mueren que otros nazcan.

Para que en continua serie,  
para que en igual balanza,  
el mundo conserve siempre  
una juventud lozana.

Tú, de todas las pasiones  
la sola eres que no acabas  
con la vida, y que trasciendes  
a la eterna con el alma,

para amar constantemente,  
para adorar cara a cara  
con la vista intuitiva,  
a la causa de las causas:

a aquella inmensa dulzura,  
inmensa hermosura y gala,  
inmensa bondad, inmenso  
ser, sabiduría y gracia;

abismo de perfecciones,  
piélago de amor, de gracias,  
y fuente de donde todas  
las hermosuras dimanar.

Los que injustos te atribuyen  
que has causado, amor, y causas  
en el mundo desventuras,  
estragos, muertes, desgracias,

equivocando indiscretos  
los efectos con las causas,  
y confundiendo accidentes  
con las esencias, se engañan:

porque tú, amor, en ti mismo,  
sin mezcla de aquella rabia,  
furia infernal de los celos,  
de su furor, de su saña,

sin una concupiscencia  
común, y lascivia vaga,  
desorden del apetito,  
imagen de amor bastarda:

sin la violencia, el engaño,

la veleidad, la inconstancia,  
la ingratitud, el olvido,  
sin la traición, la venganza,

y los demás accidentes  
que por la miseria humana,  
y por sus debilidades  
comúnmente te acompañan,

eres sólo un ente puro,  
limpio, precioso y sin mancha,  
necesario al universo,  
de todas las cosas alma;

sin el cual todo yaciera,  
todo muriera y faltara,  
y en breve tiempo el humano  
ser, se resolviera en nada.

Mas desde que aquel contrario  
de las venturas humanas,  
las turbó y deshizo todas  
con aquella vil manzana,

que fue, y es la verdadera  
Pandora, cuya cruel caja,  
abriéndose esparció al mundo  
los males y las desgracias:

toda la máquina hermosa  
del universo, alterada  
por él, y por su malicia,  
por su envidia, por su rabia,

siempre a lo mejor, más bueno,  
a la virtud más exacta  
acompaña algo de malo,  
con que su esencia desgracia:

bien que sólo lugar tiene  
esto en las almas pacatas,  
no en las nobles y altaneras,  
no en las elevadas garzas;

que remontando su vuelo,  
traspasando las montañas

de los defectos comunes,  
seguras sobre ellos marchan:

y saben vivir exentas,  
al fin como grandes almas,  
de aquellas debilidades  
que a las vulgares arrastran.

Últimamente, tú, amor,  
noble esencia, dimanada  
del manantial de virtudes  
de la fuente de las gracias,

hiciste la incomparable,  
la inefable, la admirada  
y nunca bastantemente  
celebrada fina hazaña:

que al humano entendimiento  
asombra, estremece y pasma,  
de que el Eterno divino,  
increado se humanara:

y tomando en unas puras  
inmaculadas entrañas  
ser humano, ¡qué portento!  
desde sus esferas altas,

desde sus excelsos solios  
enamorado bajara,  
a la tierra, y al gran precio  
de su sangre Sacrosanta,

a ella ansioso volase  
a rescatar una alhaja,  
que él había formado sólo  
por ser amado y amarla.

Después de hecho tan insigne,  
de tan portentosa hazaña,  
de fineza tan extrema,  
debida a tu virtud rara,

no hallando más que decir  
ya, ni con que compararla,  
pasmado de tal portento



mi canto, su curso para:

y deja mis merecidos  
elogios, tus alabanzas,  
los dignísimos encomios  
de tus proezas y hazañas,

de tus nobles atributos,  
de tus virtudes preclaras,  
y de tu grande excelencia  
a plumas más ilustradas.

12.

*A una fea, que envidiosa de los aplausos de hermosa, que lograba otra Dama de alguna más edad que ella, por disminuírseles e injuriarla, la llamaba vieja*

Muy engañada te tiene,  
Anarda, tu aprehensión necia,  
creyendo que el ser anciana  
es más tacha que el ser fea:

a Belisa, que de hermosa,  
en las gloriosas palestras  
de la hermosura ha llevado  
siempre la ilustre bandera,

porque algunos bellos años  
a ti dichosa te lleva,  
sin que estos hayan causado  
detrimento en su belleza,

para consolar la envidia  
que te despedaza fiera  
de ver que sus alabanzas  
parece han de ser eternas,

por si puedes disminuirles  
el mérito a tantas prendas  
como la ilustran y adornan,  
rabiosa la llamas vieja.

¿Sabes tú que entre los males  
con que las furias leteas,

pueden afligir al mundo,  
no le hay mayor que el ser fea?

La anciana que ha sido hermosa,  
aunque ya no lo parezca  
tanto, como en lo florido  
de su verde primavera,

siempre algunos bellos restos  
logra de aquellas riquezas,  
que en su juventud ha gozado,  
con los que la vista alegra:

pero la que después y antes  
ha sido, es, y será fea,  
siempre a los ojos de todos  
será, ha sido, y es molesta:

además que la que logra,  
porque la naturaleza  
privilegiarla ha querido,  
como madre y como dueña,

que el voraz tiempo no haga  
el daño, y estrago en ella,  
que acostumbra hacer en todos  
por ley precisa y severa;

de demérito ninguno  
puede servirle el que tenga  
mucha edad, aunque esta, Anarda,  
la de los patriarcas sea:

pues si logra verse hermosa,  
como a los veinte, a los treinta,  
añade dones y gracias  
con que su beldad completa:

porque en la juventud suma  
por bien que a todos parezca,  
siempre el juicio echa menos  
la madurez que no es de ella:

pues siempre en ella se halla  
la insipidez, la aspereza,  
que en la fruta no madura

todo buen sabor encuentra:

de modo que el que lograrse  
en la edad madura y cuerda,  
gozar la misma hermosura  
que en la juventud extrema,

ese sólo lograría  
la cumplida, la perfecta  
felicidad, pues a un tiempo  
en sí dos cosas uniera,

que si a verse llegan juntas  
en una persona misma,  
puede temer sujeciones  
la redondez de la tierra:

pues logra tocar a un punto  
las dificultosas teclas,  
y los expuestos extremos  
de verdor y madurez.

Así que, Anarda, la tacha  
con que a Belisa la bella  
piensas ultrajar, diciendo  
a boca llena, que es vieja;

toda la vez que consigue  
mirar su beldad exenta  
de la injuria de los tiempos,  
y de su infausta carrera;

pues por privilegio raro  
de la gran naturaleza,  
es más hermoso su otoño,  
que de otras la primavera;

más la ilustra y engrandece,  
más la aplaude y la celebra,  
porque a las prerrogativas  
del Ángel puro la eleva;

y a la gracia de inmortales,  
que en las supremas esferas  
logran ser de muchos tiempos,  
sin que por eso envejezcan:

y supuesto, Anarda mía,  
que por más que te enardezca  
el pesar de ver hermosa  
a Belisa, y a ti fea,

ni ella ha de dejar por eso  
de serlo, ni tú de fea  
has de poder evitarte  
la rigurosa sentencia:

ya que a los hombres de hermosa  
no puedes llegar, y es fuerza  
conformarte con tu suerte,  
aspira a los de discreta:

que además de ser más nobles,  
más dignos de honra y de excelsas  
alabanzas, puedes sola  
erigírtelos tú misma:

y conseguirás por ellos  
dominar esas flaquezas  
gloriosamente de envidias  
vergonzosas y rateras:

no emulando perfecciones  
tan caducas y terrenas,  
y elevando tu deseo  
a las del alma y eternas:

sabiendo que de unas a otras  
hay la misma diferencia,  
y las exceden en precio,  
lo que va de Cielo a tierra:

consolándote, mi Anarda,  
con que ya que el Cielo fea  
quiso hacerte, de otros dones  
te ha dotado en recompensa.

Pues si la hermosa o deseos  
arrastra ufana y soberbia,  
y aplausos que las más veces  
son causa de su miseria.

A la fea de entendida,  
de sagaz y de discretas  
la ha concedido las palmas,  
con las que orla sus empresas:

si es la beldad aplaudida,  
es motejada de necias  
mientras se ve vinculada  
la discreción en las feas:

a la hermosura, desgracias  
el Cielo airado decreta,  
acaso en pena debida  
de las que ocasiona ella;

y a la fealdad venturas,  
tanto que en fin a ser llega  
proverbio, y principio cierto  
la ventura de la fea:

que de este modo la siempre  
justa y sabia providencia,  
en sus amadas hechuras  
la dicha y desdicha alterna:

para que ni unas aflijan  
con demasiada tristeza,  
ni engolfadas en las otras

de tal suerte se envanezcan,

que les borre enteramente  
del corazón la certeza  
de que fueron para el Cielo  
hechas, no para la tierra:

si no es que lo que el discreto  
Gracián, en aquella idea  
de criticones graciosos  
y agudos nos dice, sea,

donde en común discurriendo  
de la hermosura y sus prendas  
y del orgullo que influye  
a quien la posee, sienta

que si ésta generalmente  
poco dichosa no fuera  
en el mundo averiguarse  
nadie podría con ella.

Así pues, que Anarda mía  
con tu destino contenta,  
para que puedas estarlo  
prudente, avisada y cuerda:

y que atrevida no arguyas  
faltas en la providencia,  
ni en sus arcanos juicios,  
repasa la verdad cierta,

de que si a la plaza todos  
expusiesen sus miserias,  
cada uno con las suyas  
a su casa se volviera.

13.

*Satisfaciendo a la duda de una Dama, que no habiendo amado nunca, preguntaba si era verdad que en amar y ser amados hubiese las satisfacciones y contentos que comúnmente se creía*

¿Si es verdad que amor es gozo  
preguntas, bella Fenisa,  
y si en amar el contento  
se halla, que el vulgo publica?

Y aunque sus dificultades  
encierra la preguntita,  
la discreción para todas  
espero encuentre salida:

primeramente te digo  
ingenuamente, Fenisa,  
que en mi opinión los esfuerzos  
las armas, las baterías,

los asaltos, las batallas,  
verdaderas o fingidas,  
que para lograr sus triunfos

astuto el amor aplica,

en obsequios, rendimientos,  
solicitudes, caricias,  
amorosas expresiones,  
firmes y amantes porffas,

cortesés condescendencias,  
complacencias siempre finas,  
astucia en aprovecharse  
de la ocasión investidas,

Alarmas falsas o ciertas,  
sorpresas y tentativas,  
con que procura advertido  
asegurar sus conquistas;

son más sabrosos, más gritos,  
más gustosas y atractivas,  
que el logro de sus esmeros  
y sus cantadas delicias:

y que en las inmediateces,  
y en los contornos, Fenisa,  
del amor, sus alrededores,  
líderos y cercanías,

se hallan más satisfacciones,  
más gustos, más alegrías,  
que en sus decantados reinos,  
y afamada Monarquía:

o que por sus arrabales  
se goza de más festivas  
diversiones y contentos,  
que en su mansión aplaudida.

Siendo el amor, a manera  
de la guerra y de sus iras,  
más agradable en su imagen,  
que en su ser y esencia misma:

así, que Fenisa bella,  
si quieres pasar la vida  
sin cuidados, sin zozobras,  
sin penas y sin fatigas;

con satisfacciones ciertas,  
con dulzuras positivas,  
con perennes complacencias,  
con tranquilidad continua;

jamás en sus peligrosos  
dominios, inadvertida  
te metas, ni te sujetes  
a su acerba tiranía;

contentándote discreta,  
para que segura vivas,  
de ingraticudes, mudanzas,  
traiciones y alevosías,

con la espuma solamente  
y sólo la florecita,  
de los contentos y gustos  
con que el sagaz amor brinda:

que consiste en ser amadas,  
deseadas, pretendidas,  
y sin querer a ninguno,  
verse de todos querida:

siempre influyendo deseos,  
nunca de estos combatidas,  
sabiendo encender el fuego  
sin chamuscarse en sus chispas:

y salvando contingencias,  
tan diestra como esparcida,  
ser de todos simulacro,  
de nadie holocausto y pira:

mas sin jamás internarte,  
si es que quieres divertida  
pasar el tiempo con gusto  
en su furiosa anarquía:

donde todo es confusiones,  
todo voces, todo gritas,  
disputadas excepciones,  
y nunca bien decididas:



donde pretendiendo todos  
mandar, ninguno domina,  
ni salen de antecedentes  
las consecuencias precisas:

no alistándote confiada,  
por más que fueros de linda  
pretendan asegurarte,  
en su arriesgada milicia,

limitando tus contentos  
a verte siempre con finas  
ansias rogada, buscada,  
solicitada, aplaudida,

siempre arrastrando trofeos  
de amantes quejas votivas,  
nunca siendo indecoroso  
triunfo de llamas indignas.

Segura de que el más dulce  
empeño, la más bienquista  
voluntad, a pocos lances  
si no fallece, agoniza:

y el amante más amado,  
por ley fatal y precisa

de la humana insubsistencia,  
la más gustosa caricia,

el más grato rendimiento,  
la voluntad más rendida  
a cansar al fin y al postre  
llega, cuando no fastidia:

no me aparto, no, por eso  
de concederte, Fenisa,  
que una elección acertada,  
una fe constante y fina,

un fiel amor verdadero  
y correspondencia digna,  
no sea el mayor contento,  
y el mayor bien de la vida.

¿Pero dónde encontraremos  
esa Fenisa aplaudida?  
¿dónde esa feliz Arabia  
está, que esas aves cría?

Allá en un siglo soñado  
que de oro se decía  
se cuenta, que se encontraban  
esas raras maravillas:

pero a hora sólo vemos  
ingraticudes, perfidias,  
infames correspondencias,  
nobles fes mal atendidas:

inconstancias, veleidades,  
inconsecuencias mentiras,  
vagas llamas y volubles,  
con apariencias de fijas:

y en tan conocidos riesgos,  
la sola prudencia dicta  
el evitarlos y huirlos  
a la que deidad se estima:

para que nunca se miren  
sus altas prerrogativas  
y sus preeminencias nobles  
injuriadas ni ofendidas.

Esto es Fenisa del alma,  
con sinceridad de amiga,  
lo que a impulsos de prudentes  
observaciones continuas,

quien habiendo discurrido  
por su dicha, o su desdicha  
gloriosamente los campos  
de celebrada y querida,

de amada, de idolatrada,  
de buscada, pretendida,  
solicitada y rogada  
de finezas exquisitas:

y habiendo en fin ocupado  
en la región de las lindas,  
e imperio de los hermosos  
una ilustre Jerarquía,

ha notado y conocido  
en las otras y en sí misma  
de ese caos, o quimera,  
que amor en fin apellidan:

y si esto no te basta,  
para que prudente elijas  
y que avisada no yerres,  
bástete saber, Fenisa,

que por el sabio nos dice  
la eterna sabiduría  
que es maldito y desdichado  
el hombre que de otro fía.

14.

*A la despedida de un amante que ya disgustaba*

Amigo Glauco, Celaura,  
agradecida al despecho  
con que al fin arrebatado  
de un brutal ímpetu fiero,

has rompido las cadenas  
en que amante tanto tiempo  
te has ostentado con gusto  
su glorioso prisionero:

en vez de quejas, alegres  
vivas y agradecimientos  
te envía y da, por el grande  
placer que en eso la has hecho:

porque has de saber, mi Glauco,  
que desde el instante mismo  
en que a Celaura su claro  
y pronto conocimiento

la hizo advertir la mudanzas  
la diferencia de afectos,  
la novedad de sistemas,  
los extraños pensamientos

que en tu condición liviana,  
y en tu deleznable genio,  
por veleidad o inconstancia  
causó el transcurso del tiempo;

tus obsequios la ofendían,  
tu trato le era molesto,  
desagradable tu vista,  
y enojosos tus esmeros:

porque es para ella infalible  
el axioma y documento,  
y aquel principio innegable  
a todo juicio cuerdo;

de que como el fin y el blanco  
del humano entendimiento,  
y del racional discurso  
ha de ser lo verdadero,

asimismo de la noble  
voluntad, el digno objeto,  
y la mira que la guíe,  
es, y debe ser lo bueno:

por cuya razón, Celaura,  
no hallando en ti ya los precios  
de aquella virtud, que amado,  
por ser amable te hicieron:

de tal suerte, a la manera  
los tuyos, sus afectos  
se han trocado y variado,  
que ya no son los que fueron:

y en vez de satisfacciones  
en vez de agrado y contento,  
tu comunicación sólo  
la ofrece desabrimientos,

pues del modo que se dice

que la sangre del que ha muerto  
violentamente, a la vista  
de su agresor brota hirviendo,

así de Celaura bella  
los siempre nobles afectos,  
a vista del que los mata  
renueva sus sentimientos:

y solamente en tu ausencia,  
apartada de tu encuentro,  
su corazón halla gustos,  
halla descanso y sosiego.

Por todo lo cual, resuelta  
te dice en fin, que supuesto  
que su amor ya ser no puede  
jamás el que fue primero,

y que éste no satisface,  
no da gozo ni contento,  
ni de tal merece el nombre  
no siendo de ardor exceso:

que en medianías desfallece,  
le desaniman respetos,  
las tibiezas le amortiguan,  
y sólo vive en extremos:

prosigas constantemente  
en el arrogante empeño  
que has empezado, pues este  
coincide con sus deseos,

por ser a queste en llegando  
a estos términos, los duelos  
del amor, a su decoro,  
el único y digno medio:

y en tu vida ya te atrevas,  
falso, engañoso y artero,  
a pretender se revoquen  
tan merecidos decretos;

pues si a intentarlo llegases,  
logrará sólo con eso

tu engaño, ver repetidos  
los desaires y desprecios.

15.

*A un amante que después de haberle costado mucho tiempo de solicitud el que una Dama admitiese sus obsequios, dejó repentinamente de continuar en ellos por un frívolo motivo.*

Que mal te sientan, Lisardo,  
después de haber tan rendido  
solicitado favores  
de un hermoso ceño esquivo,

afectar ahora despegos,  
indiferencia y desvíos,  
porque no son conciliables  
sumisión y señorío:

y en tales inconsecuencias,  
tanto, Lisardo, a sí mismo  
se desaira un noble aliento,  
tan fútil se hace y tan nimio,

que en vez de hombres barbados,  
a cualquiera buen juicio  
anómalos semejantes  
se le representan niños:

por quienes con tanto chiste  
y acierto siempre se dijo,  
que su amor y sus querer  
era agua puesta en cestillos.

¿Pues quién si no estos pudiera  
sin razón y sin motivo  
ahogar en un instante  
porfías y ansias de un siglo,

como las que te han costado  
y cuestan llegar al fino  
extremo de amor y agrado  
que a tu amada has merecido?

Esto es perder en un punto

y un momento, inadvertidos,  
todo lo que se trabaja  
por tiempo y modo exquisito,

y esto es lo que propiamente  
se llama ser loco o nimios;  
pues sólo en estos dos entes  
han lugar tales caprichos.

Y si es que acaso, Lisardo,  
tienes tan extraño estilo  
por afectar fortaleza  
solo, y varoniles bríos,

la proposición primera  
vuelvo a repetir, y digo,  
que sientan muy mal, y fuera  
de tiempos, Lisardo mío,

son ya esas afectaciones  
de fuerte, habiendo rendido  
con tantas muestras de débil  
las armas al enemigo.

Guarden, tú, y tus semejantes  
ese esfuerzo y valentísimo,  
para antes de sujetarse  
al cruel yugo de Cupido:

porque una vez a él sujetos,  
y a su fiero carro uncidos,  
cuanto contra él se hace  
es flaqueza y desvarío,

es arrogancia y demencia,  
y es abusar atrevidos  
de la bondad generosa,  
del vencedor que es benigno:

que el valor que es verdadero  
es siempre muy comedido,  
y observa aquella entereza  
noble, que es su distintivo;

tanto al triunfar glorioso,  
como al mirarse vencido,

porque en uno y otro caso  
su carácter es el mismo:

pero nunca es insolente,  
nunca es fiero ni ofensivo,  
ni para romper las paces,  
ni para guerrear invicto:

al contrario del cobarde,  
cuya flaqueza sin tino,  
en baladronadas siempre  
resuelve todos sus tiros:

tanto antes que el combate  
la suerte haya decidido,  
como después de él, si acaso  
es trofeo de su enemigo:

porque con ellas pretende  
o cree neciamente altivo,  
borrar la ignominia que halla  
en contemplarse vencido.

Pero todas sus bravatas,  
sus fieros y desafíos,  
son debilidad, flaqueza  
de ánimo, y puerilismo.

Porque tal inconsecuencia,  
tal estar consigo mismo  
en contradicción continua  
de los hechos con los dichos,

es muy impropio y ajena  
del hombre adulto y cumplido,  
y tolerable y pasable  
sólo en mujeres o niños:

que a las Damas solamente  
por singular privativo  
privilegio, a su decoro  
justamente concedido,

les corresponde y compete  
en el rendimiento mismo,  
guardar y observar ileso,



y entero siempre el dominio.

Mas los hombres, si no quieren  
hacerse ya unos Don Lindos,  
con mofa, risa. y escarnio  
de todo intelecto fino,

en las amorosas guerras  
del tierno amante Cupido,  
la misma victoria y triunfo  
los ha de hacer más rendidos

más atentos y corteses,  
más urbanos y expresivos,  
y con nuevos rendimientos  
de nuevas victorias dignos.

Y si es que acaso, Lisardo,  
tu mudanza y nuevo estilo  
nace de ser, con infamia  
tuya, desagradecido,

y que del vulgo de amantes  
compones el infinito  
número, tan despreciable  
y execrable, como inicuo:

los cuales basta que lleguen

a verse favorecidos,  
para mostrar al instante  
que de serlo son indignos:

nada sobre una dolencia  
tan vergonzosa te digo,  
tan impropia y tan ajena  
de todo noble principio,

para que de él la ignominia  
conozcas, y lo abatido,  
sino que en iguales lances  
lo mismo hace cualquier pillo,

cualquier necio pisaverde,  
cualquiera que sin principios  
nobles y honrados se cría,

y en conclusión todo indigno.

16.

*A los avarientos, reprehendiendo la codicia excesiva de bienes temporales, y la necesidad de los que aguardan a la hora de la muerte para hacer bien al prójimo; y aunque abundan en caudales, y tengan intención de hacer de ellos obras pías, no quieren se pongan en ejecución hasta después de su fallecimiento.*

Necio, ¿para quién adquieres?  
¿Para qué, loco, atesoras,  
si en llegándote la muerte  
hasta lo inútil te sobra?

Acaudala pira el Cielo,  
en donde eternos se logran  
los bienes, y se disfrutan  
sin cuidado y sin zozobra:

y no en la mísera tierra,  
en esta mansión tan corta,  
donde ha de acabar con todo  
el tiempo, por ley forzosa,

donde el herrumbre lo gasta,  
donde los ladrones roban,  
donde el tirano lo usurpa,  
y lo pudre la carcoma:

y cuando lograr pudieras  
poner al abrigo todas  
tus riquezas, de esos riesgos  
y contingencias notorias,

¿de qué aprovecharte pueden,  
si para ir a la dichosa  
región, y andar su camino,  
más que te sirven, te estorban?

Pues mejor y más apriesa  
por esta tierra fragosa  
andaré el que va ligero,  
que el que se carga de ropa:

y el cargarse, ¿de qué puede  
servirnos, si al fin de toda  
la inevitable cruel muerte  
a lo mejor nos despoja?

Acuérdate de aquel grande  
cosechero, que la historia  
Sagrada, para enseñarnos,  
nos refiere misteriosa,

que aunque con anchos graneros  
y cámaras espaciosas,  
para coger sus cosechas  
abundantes y copiosas;

haciéndosele aun pequeños  
aquéllos, y éstas angostas  
para la que aquel verano  
esperaba portentosa,

a dar las disposiciones  
empezó un día, y la forma,  
para que se los ensanchen  
y alarguen a toda costa:

a dar de que en ellos pueda  
cabrer, no sólo la copia  
de frutos que se promete,  
más también su ansia ambiciosa;

la interminable codicia  
con que necia unas sobre otras  
su insaciable sed del oro  
las riquezas amontona,

sin saber a qué, ni menos  
por qué; pues si le interrogan  
sobre la duración breve  
de la vida, no lo ignora:

y lo poco que ésta exige,  
si lo superfluo no abona,  
para poder sostenerse,  
lo ve, lo palpa, y lo toca:

pero aquella misma noche

del día que tan gozosas  
cuentas se hacía de lo mucho  
que había de lograr y logra;

cortando el hilo delgado  
la inexorable hiladora  
de su vida, y sus ideas  
con ella, vanas y locas;

a que vea el desengaño,  
la justicia vengadora,  
y a que abra allí, en fin, los ojos,  
le envía a las eternas sombras:

a donde de sus riquezas  
vanas, y de aquella pompa  
necia, de tanto tesoro  
y abundancia perniciosa,

no llevó si no la dura,  
la fiera y cruel memoria  
de lo inútil que habían sido  
para él, y lo infructuosas.

Sabe, pues, ser rico haciendo  
mientras peregrinas, obras  
de piedad, en esta vida,  
de amor, de misericordia:

no sea, que por no hacerlo  
así, te haga tu ansia tonta,  
rico temporal en esta,  
y pobre eterno en la otra:

pon los ojos y la mira  
en la triste y espantosa  
suerte del rico avariento,  
en su lamentable historia:

que por no haber inhumano  
querido dar, de las sobras  
de su mesa, unas migajas  
al que le pedía unas pocas;

se vio después de esta vida,  
en aquella en que las cosas

se igualan, y en que a cada uno  
lo que merece le otorgan:

en un lago de miserias,  
en una playa horrorosa  
de tormentos y fatigas,  
de ansias y fieras congojas:

desde donde viendo el triste  
al mismo que en las pomposas  
abundancias de su mesa  
negó duro hasta las sobras,

de satisfacción colmado,  
lleno de gozo y de gloria,  
entre sabrosos manjares  
y bebidas deliciosas;

ardiendo él en sed, forzado  
de esta, y la hambre que le acosa,  
del bien, en que ve que abunda,  
le clama por una gota.

Mas en vano, pues ya dada  
la sentencia rigurosa  
una vez por el juez recto,  
nunca jamás se revoca.

Haga, pues, mientras que vive,  
el que puede, las limosnas,  
las obras pías, los hospicios,  
las fundaciones piadosas,

socorra viudas, ampare  
huérfanos, cuyas personas,  
la providencia divina  
le encomienda cuidadosa.

Auxilie doncellas pobres  
para que puedan gozosas  
tomar estado; al mancebo  
bueno, ayude; dote Monjas:

y no a que su muerte llegue  
aguarde para que obras  
tan grandes, tan aceptadas,

tan plausibles, tan heroicas,

tan dignas de eterna vida,  
tan justas, tan meritorias  
se hagan; que la fuerza entonces  
las hace muy sospechosas.

Pues si todo ha de dejarlo  
por fuerza, y ninguna cosa  
de cuantas en esta vida  
posee, llevar puede a la otra,

¿qué gracia tendrá dejarlo,  
en esta o aquella forma,  
si por fin ha de dejarlas  
de cualquier manera todas?

Y como dicen los Santos,  
¿de dónde, en aquella hora,  
al que duro con el pobre  
ha sido en su vida toda,

le viene tan de repente  
caridad tan fervorosa,  
devoción tanta y cumplida,  
compasión tan nueva y pronta?

¿De dónde? de un mal principio,  
como su codicia boba,  
pues ya que llevar no puede  
consigo lo que atesora,

que, si llevarlo pudiera,  
seguro estaba que cosa  
ninguna le consintiera  
soltar su ambición furiosa,

dejar en el mundo quiere  
hipócrita la engañosa  
opinión de sí, que ha amado  
la virtud, que más le enoja.

Con que viene a estribar todo  
cuanto hace entonces, en loca  
vanidad, en injusticia,  
y en iniquidad odiosa.

Goce, pues, el que es discreto,  
del gusto, de la sabrosa  
dilección de ver en vida  
hechas sus obras piadosas,

su establecimiento pío,  
su manda y pía memoria,  
los Colegios, Hospitales,  
el Templo y Aras devotas,

y en contemplar se deleite  
lo excelentes, lo gloriosas  
de obras tan grandes, y en gozos  
el debido fruto coja:

que la noble complacencia  
y satisfacción gozosa  
que dimana y se origina  
del bien obrar no es viciosa:

viendo refugiado al pobre,  
la honesta doncella, a honra  
del Señor, en el estado  
en que le sirva dichosa:

socorrida y amparada  
la desamparada y sola  
viuda, el huérfano pobre,  
quieto y seguro a su sombra;

que para los corazones  
grandes, y almas generosas,  
ofrecérseles no puede  
expectación más gustosa:

y no a otro ninguno fíe  
el cumplimiento de cosas  
tan dignas, ni ceda a nadie  
de ellas el lauro y la gloria.

Firmemente persuadido  
y cierto, que en ninguna otra  
más que en esa, se asemeja  
al que le crió y adora:

pues el redimir de males,  
el remediar las penosas  
miserias de los humanos,  
su desventura y congojas;

y con benignos influjos,  
como esa brillante antorcha  
del Sol, dar la vida a todo,  
de un Dios sólo es virtud propia:

que el aguardar a la muerte  
para que sean provechosas  
al prójimo nuestra hacienda,  
nuestras riquezas y sobras,

es ser parecido al cerdo,  
cuya inmunda y asquerosa  
especie, hasta que le matan,  
no es útil, ni de él se goza.

Y por eso con su muerte  
toda la casa alborozada  
donde se ejecuta, y sólo  
para ese efecto le engordan.

Mira, pues, la diferencia  
que hay de una manera a otra  
de proceder y advertida

tu discreción de ella escoja:

pues si aguardas a la muerte  
para que la trabajosa  
vida del pobre se alivie,  
y su urgencia se socorra,

a los pobres de tu tiempo  
vendrá a ser dura y gravosa  
tu vida, mientras tu muerte  
será al de otros oficiosa.

Y podrá por ti decirse,  
sin injusticia, y sin nota,  
feliz la edad que te pierde,  
e infeliz la que te logra.



17.

*Romance heroico endecasílabo*

Critilo, si es que aspiras generoso  
al renombre del sabio, y serlo quieres,  
primero a esa gran fábrica del mundo  
su hermosura y bondad, los ojos vuelve;

contempla la grandeza y maravillas  
de ese globo de luz, y orbes celestes,  
y de ellos a la máquina admirable  
del insecto más vil, baja y desciende:

reflexiona el poder, y la infinita  
sabiduría y ciencia indeficiente  
que para organizar el cuerpecito  
del más íntimo de ellos se requiere:

y hallarás demostrado que ella sola  
su Autora pudo ser; que resplandece  
no menos su saber en eso poco,  
que en gigantes, que al cielo altura apuesten:

pasa luego la vista cuidadoso  
por todo lo acuátil y terrestre,  
y mira los portentos admirables  
de este globo terráqueo, en él advierte

la variedad de frutos y de flores,  
de cuadrúpedos, de aves y de peces,  
y de ellos todos, y de cada uno,  
la inmensidad de géneros y especies;

y escudriñando fiel por los efectos,  
de tanto ser la causa omnipotente,  
reconócela atento y amoroso  
y a su divina voz, humilde atiende:

oye sus mandamientos y preceptos,  
sus decretos sin réplica obedece,  
que argüir al criador la criatura,  
es necesidad que a todas las excede:

adora al que adorable es por derecho,  
ama a quien tanto amor a ti te tiene,  
que si a necesidades por la culpa  
te condenó una vez forzosamente,

con tan grande clemencia, en su justicia  
entonces procedió, y ahora procede,  
que como padre amante de familias  
al remedio de todas te provee;

haciendo que cuanto hay, cuanto ha criado  
a tu alivio conspire, y que los bienes  
que por ella perdiste, si no en todo,  
a lo menos en parte se compensen:

que produzcan y den con abundancia  
para tu desnudez el bruto pieles,  
para tu frío el bosque y monte leña,  
para tu sed, los prados claras fuentes,

para tu sueño, noche en que reposes,  
y el trabajo del día alivie y quiete;  
para el cansancio, aliento que respires,  
para tu hambre, el campo rubias mieses:

conoce, pues, bondad tan grande y suma,  
ámala, mas también amando teme,  
pues el temor debido de sus iras

es de todo saber principio y fuente:

busca en los sacros libros, en aquellos  
oráculos divinos, en que quiere  
manifestarse al mundo, y en que solos,  
en lo que cabe, al hombre deja verse,

su poder, su saber, su omnipotencia,  
su bondad y su ser tan preeminente;  
que si con estas guías no camina  
el humano discurso, el rumbo pierde.

En ellos hallarás que es ella sola  
la causa de las causas; que no mueven  
los árboles sus ojas, ni el mosquito  
sus alas batirá sin que ella ordene:

que es ella la que quita y da los reinos,  
la que levanta, humilla, y muda Reyes,  
la que premia y castiga, y de quien todas  
dimanan y se originan y dependen:

la que al profundo abate a los soberbios,  
y al humilde a los Cielos engrandece;  
la que todo lo bueno, y la justicia  
que de ti exige, para ti lo quiere:

y en habiendo bebido las nociones,  
los principios, los dogmas, las especies,  
las ideas exactas y precisas,  
de tan puro raudal en la corriente,

de los dichos, sentencias, y axiomas  
ayudarte podrás, de aquellos siete  
famosos de la Grecia, con las cuales  
el eterno saber quiso, parece,

disponer el humano entendimiento  
a que su gran doctrina fácilmente  
recibiese y tomase, y que su yugo,  
a todos, como lo es, suave se hiciese;

viendo que unos gentiles, con las luces  
naturales y buenas solamente,  
a conocer y discernir llegaron  
verdades tan subidas y eminentes,

como lo son cuando te dice el uno  
que sepas a ti mismo conocerte;  
el otro, de templanza y continencia  
documento ejemplar, sufre y abstente:

otro te enseña y dice que el virtuoso,  
en sí, y en las virtudes solamente,  
encierra y se comprenden de la vida  
los contentos, los gustos, los placeres:

y que el que es virtuoso, desdichado  
por ningún caso ser, Critilo, puede,  
pues donde quiera que con virtud vaya  
consigo llevará todos los bienes:

otro, que desdichado, ni dichoso,

advertido, hasta el fin, nadie se cuente;  
y que una medianía, preferida  
ser por el sabio a la opulencia debe:

otro en una total y una absoluta  
carencia de riquezas y de haberes  
funda, de esta agitada y miserable  
vida, los ciertos y seguros bienes:

hasta llevarle al punto y al extremo  
de arrojar a la mar las que posee,  
sólo porque estas, en manera alguna,  
le detengan, le empiezan, y le apezguen:

otro, en el señorío, en el dominio  
del ánimo tranquilo, independiente  
del tumulto de afectos y pasiones,  
que mísero le aflijan y sujeten,

hace estribar del sabio los contentos  
y la felicidad, pues evidente  
se hace, que no puede ser felice  
el que ellas turbulentas acometen.

Otro en la ciencia el bien único pone,  
y el mal en la ignorancia; y finalmente  
todos te dicen que en la virtud sola,  
lo honesto y lo debido está el deleite.

Y pasmado de ver que con la mera  
buena luz natural reconociesen  
principios y axiomas que coinciden  
con los que la divina nos previene,

te prosternes, te humilles, te confundas,  
de sentimiento y de rubor te llenes,  
de admiración, de asombro, y confundido  
te corras, te sonrojes y avergüences,

de que excediendo tanto el heroísmo  
cristiano al gentílico y siendo éste  
de tan inferior clase y jerarquía,  
de objeto tan distinto y diferente,

y careciendo, en fin de los auxilios  
de la gracia eficaz que a ángel impele,

no sólo no le excedas, no le pases,  
mas, ni aun siquiera ¡qué dolor! le llegues:

pues ya te tiene dicho el verdadero,  
único y solo sabio claramente,  
que si más que el gentil en las morales  
virtudes no haces, ¿qué haces ni mereces?

Y guardate, Critilio, por tu vida,  
por lo que más estimes e intereses,  
de pretender jamás que esa gran ciega  
de la razón humana sola acierte:

pues ella sola, y sin aquel socorro  
que le presta y la da la luz celeste,  
a la vista corpórea es parecida,  
y padece sus tachas y accidentes:

que si a ésta la del sol a faltar llega,  
con la que únicamente y sola ejerce  
la facultad de ver, en las tinieblas  
distinguir cosa alguna ni ver puede.

Y todos cuantos pasos dar sin ella  
indiscreta intentare y pretendiere,  
todo cuanto anduviere y caminaré,  
cuanto atrevida adelantar intente,

todos serán tropiezos y caídas,  
todo errores y engaño; y como suele  
decirse, y los efectos lo comprueban,  
andar a tienta tapias y paredes:

que ésta es la triste causa y lastimera  
de tantas, tan monstruosas y frecuentes  
diferencias de sectas y opiniones  
que en el mundo, entre sí, contrarias hierven,

con las que miserable anda agitado,  
y desde que nació cuasi padece  
las furiosas borrascas y tormentas  
en que zozobra, y más que vive muere:

pues creyendo cada uno que la suya  
es la más despejada y excelente,  
con vanas e infundadas sutilezas

que su amor propio y ciego le sugiere,

a la hermosa verdad que por sencilla,  
por noble y por ingenua, se parece  
a aquellas verdaderas hermosuras,  
que lo son sin adorno y sin afeites,

no sólo desfigura y desconoce,  
mas también torpe y fiera la aborrece,  
dejándola por solo la que a fuerza  
de artificios, de enredos, colorestes,

de argumentos sofisticos, falaces,  
de falsos silogismos y aparentes,  
de la mentira en fin, que con ardides  
a la verdad se esfuerza a parecerse,

de un valentón seguida y auxiliada,  
a quien probabilismo si no mienten  
las señas llaman, todo lo trastorna,  
todo lo desfigura y lo revuelve:

el claro y bello día, en tenebroso  
turbulento y opaco le convierte,  
a lo negro hace blanco, y a lo blanco  
negro, a pesar de albura y candideces:

y a manera de aquellos que por vidrios  
de colores, ya azul, ya obscuro o verde,  
los objetos y cosas que los cercan  
registrar y mirar curiosos quieren,

todos se les figuran y los miran  
de aquel mismo color que el vidrio tiene,  
y por el vicio solo del conducto,  
todas el propio y verdadero pierden:

asimismo esa máquina monstruosa,  
no obstante de estribar en tan endebles,  
fútiles, deleznable, mal seguros  
principios, y cimientos tan infieles,

que se pasma y asombra un juicio bueno  
de que aquel que le tiene los acepte,  
o por decir mejor, no los aburre,  
los renuncie, los huya y los deteste,

de la naturaleza los más claros,  
los más indubitables, más patentes,  
su exactitud, la precisión con que obra  
prescripta por su autor, alterar quiere:

pues de ellos es el uno, que lo falso,  
lo incierto y mal seguro, es muchas veces  
más probable ¡qué horror! que lo más cierto  
verdadero, constante y evidente:

de ellos otro es, que dos proposiciones  
en sí contradictorias igualmente,  
su oposición no obstante, y repugnancia,  
ambas probables pueden ser y hacerse,

contra toda razón y buen principio,  
pues la verdad siendo una solamente,  
y la mentira muchas, es forzoso  
que todas yerren, o una sola acierte.

El otro, más horrible y espantoso,  
si serlo puede más que el precedente,  
es decir y sentar ¡al pronunciarlo  
el corazón se pasma y estremece!,

que una proposición en todo errada,  
que en fin es falsa en sí absolutamente,  
probable puede ser, o ser probada  
de verdadera, que es lo mismo, puede:

que es decir ¡grave error! que la mentira  
llegar a ser verdad ¡qué engaño! puede,  
y que la verdad misma ¡qué blasfemia!  
alguna vez a ser mentira llegue:

constituyendo al hombre, de ese modo,  
en la infeliz y lastimosa suerte,  
de que para él la hermosa verdad nunca  
inteligible pueda ser, ni hacerse:

y haciendo al hacedor la grave injuria,  
de pensar que su ser omnipotente,  
justiciero y piadoso, que engañarse  
ni engañar a ninguno jamás puede;

habiendo al hombre a su divina imagen  
criado, y entre todos los vivientes  
siendo él el escogido para amarle,  
el solo racional e inteligente,

tan liberal habiendo procedido  
con él en todo, para proveerle  
de cuanto necesita y le acomoda  
para esta vida miserable y breve,

en lo más esencial, más importante,  
que es conocer los medios conducentes  
para llegar al fin a que le ordena,  
descuidado y escaso andado hubiese:

error es éste, que el pensarlo solo  
es desacato, que a blasfemia asciende;  
de Lesa Majestad Divina, ofensa,  
¿qué sera el pronunciarlo o el creerle?

Criterio, pues, seguro tiene el hombre  
para que la verdad por él, si quiere,  
conozca, y conocida sepa amarla,  
para que a su dichoso fin le lleve,

sin recurrir a vanas sutilezas,  
a engañosos, sofismas aparentes,  
que sólo de perder, extraviarse

del seguro camino servir puede.

No por eso pretendo que un discreto,  
cuerdo, bien dirigido, en fin, prudente  
probabilismo del discurso humano,  
se excluya enteramente ni destierre.

Más quisiera, Critilio, que a este solo  
la doctrina divina dirigiese  
de aquel sabio Maestro que a enseñarnos,  
a probar vino al mundo expresamente:

y que todo cuanto a ella no conforma  
con su santa moral, y justas leyes,  
todo se dé de mano y se abomine,  
todo en fin se renuncie y se deteste;



pues más claro es que el sol, que todo aquello  
que de ella se apartare o desdijere,  
dejar de ser error, mentira, engaño  
de un discurso fanático no puede:

porque ella ha de ser sola la luz clara,  
la Antorcha luminosa, indeficiente,  
a cuyo resplandor todas las cosas  
se miren, se examinen y cotejen:

la lidia piedra, que de toque llaman,  
con la que los metales bien se prueben,  
y con ella el que es fino y verdadero,  
de aquel que no lo es, declare y muestre:

la que el oro que es puro y acendrado,  
del impuro y mezclado diferencie,  
el crisol, que le limpie, y purifique,  
y de extrañas materias le segregue:

ella, por fin, el norte indefectible  
con que el piélago inmenso se navegue  
del humano discurso, si advertido  
zozobrar en él, mísero, no quiere;

pues así como el triste navegante  
perdido se imagina cuando pierde  
aquel que le dirige y le gobierna  
para seguir su rumbo felizmente,

así el discurso humano sin aquella  
luz sin defecto que le guíe y lleve  
por el medio seguro y señalado  
al feliz puerto donde parar debe,

no hallará sino escollos y bajíos,  
sirtes, naufragios, precipicios, crueles  
scilas y caribdis, olas fieras,  
y costas bravas, en que en fin, se estrelle:

haya probabilismo, pero sean  
sus reglas de argüir, para que acierten,  
que lo que al Evangelio no conforma,  
probable de verdad nunca ser puede:

y pudiendo y debiendo serlo aquello

que con él se conforma únicamente,  
el probar, el argüir, y el silogismo  
de probabilidad, sea de esta suerte;

que el Evangelio es regla y línea recta,  
es constante, seguro y evidente:  
a toda línea recta es asimismo  
cierto que no conforma la que tuerce;

luego toda y cualquiera que de aquella  
rectitud se apartare o que discrepe,  
recto no podrá ser, pues cosa alguna  
ser y no ser a un mismo tiempo puede:

que lo que dice un Pablo, un Agustino,  
un Jerónimo docto y penitente,  
un Gregorio, un Crisóstomo, un Ambrosio,  
lumbreras de la Iglesia y de las gentes,

cuya bondad, cuyas costumbres santas,  
cuya ciencia y virtudes eminentes,  
el manantial purísimo declaran  
de donde lo han bebido y fiel vertiente:

probabilismo es que sea más cierto,  
más constante y seguro ciertamente  
que lo que una caterva miserable  
de libertinos propalar nos quieren:

una turba infeliz, cuyos excesos,  
cuyo vicio y costumbres insolentes  
el origen nos dicen y señalan  
que sus errores y delirios tienen:

esos monstruos horrendos, ese azote  
de la ira divina acaso, a quienes  
de respeto y de horror el alma llena  
nombrar, después de aquellos, no se atreve;

esto, Critilo, una amistad sincera,  
un deseo amistoso solamente  
de que las nobles prendas no malogres  
de talento y bondad que en ti se advierte:

lastimada de ver a cuantos buenos  
grandes entendimientos, y excelentes

ingenios, tras sí lleva, y ha arrastrado  
contra lo verdadero, lo aparente,

te dice; porque anhela, prevenirte,  
armarte, mi Critilo, y precaverte  
contra esas opiniones, que de nuevas  
pretenden revestirse, y son vejeces:

vejeces, y opinado error de ingenios  
que carecieron, aunque grandes fuesen,  
de la luz de la fe y el Evangelio,  
a cuya claridad, toda otra cede:

los cuales, si por dicha suya y de otros,  
de ella gozado y disfrutado hubiesen  
en aquellos errores y opiniones  
no incurrirían muy probablemente:

esto te dice, pues, quien en la cumbre  
del verdadero honor y gloria verte  
desea, no en el fútil, despreciable,  
que un error sostenido prestar puede,

pues esta, por sí misma, con el tiempo  
se destruye, disipa, y desvanece,  
y aquella, por sus sólidos cimientos  
durará, y es durable para siempre:

y no en la necesidad vulgar incurras  
de no querer, si es que algo bueno tienen  
estos consejos, admitirlos sólo  
porque son de mujer ¡furor solemne!

que el verdadero sabio donde quiera  
que la verdad y la razón encuentre,  
allí sabe tomarla, y la aprovecha,  
sin nimio detenerse en quien la ofrece.

Porque ignorar no puede, si es que sabe,  
que el alma, como espíritu, carece  
de sexo, y por su puro ser y esencia,  
de sus defectos consiguientemente:

y lo contrario, sólo de vulgares  
cortos, limitadísimos y febles  
entendimientos, puede ser dictamen,

falso convencido muchas veces:

pues cada día, instantes y momentos  
vemos aventajarse las mujeres  
en las artes y ciencias a los hombres,  
si con aplicación su estudio emprenden:

que si bastara para ser sabidos,  
para mejores ser inteligentes  
el ser hombres, no mas en la figura,  
en el género solo, y no en la especie,

no padeciera tanto el trato humano  
como infeliz y mísero padece,  
con la ignorancia, necedad, torpeza  
de tanto limitado que le ofende;

y sobre todo, el Soberano dueño  
de la naturaleza y de sus leyes,  
en favor de quien quiera y le parezca,  
las que le prescribió, variar puede:

Dios es el dueño del saber, la ciencia,  
del recto comprender, del valor fuerte,  
y como tal de dones tan gratiosos  
dispone y los franquea según quiere:

como su inescrutable providencia  
se ha visto practicarlo muchas veces,  
para desengañar acaso al hombre,  
y hacerle ver quizá patentemente,

que si las facultades no aprovecha  
con la que aventajó tan francamente,  
sabiéndolas poner en ejercicio,  
y en el uso que es justo y le compete;

y por sólo ser hombre se presume  
ser más intelectual, y neciamente  
en esa confianza se descuida  
de saber, e instruirse como debe,

del sexo que él por inferior reputa,  
por menos hábil, y más flaco tiene,  
se servirá y valdrá y con él empresas  
acabará gloriosas, que a él le afrenten

como lo muestran Débora mandando  
y gobernando a Israel, habiendo Jueces,  
una Judit, habiendo valerosos,  
triunfando de un feroz fiero Olofernes:

y omitiendo otras muchas, entre tantos  
varones escogidos y eminentes,  
sobre salir y resaltar gloriosas  
Esther humilde, Abigail prudente:

y por ser éste un punto tan constante,  
a todo buen juicio tan patente,  
que sólo el ignorante, el idiota,  
podrá necesitar se le cometen;

dejándole ya, pues, por escusado,  
para concluir mi asunto finalmente,  
te digo que a estas máximas, principios  
y axiomas debidos, congruentes;

si al renombre glorioso de sabido  
aspiras, para serlo, pues, los selles,  
los coronas, los colmes, los esmaltes,  
les des la última mano, y los completes;

la humildad imitando y la modestia  
con que de sí juzgaron los ya siete  
recordados arriba, de la fama,  
aquellos siete en fin famosos siempre;

cuando habiéndose hallado aquel precioso  
trípode, no sabiendo de él qué hacerse,  
para poderle dar digno destino  
consultar al oráculo resuelven:

y habiendo respondido que al más sabio  
de la Grecia, se hiciese aquel presente,  
le llevaron al uno, el cual a otro  
se le envió y le dio inmediatamente:

éste le pasó a otro en el instante  
juzgándole más sabio; y de esta suerte  
fue el don precioso dando vuelta a todos  
hasta que a aquel primero se le vuelven:

entonces éste, cuerdo, al sacro Apolo  
le dedica y ofrece reverente,  
confesando con esto que a Dios solo  
el renombre de sabio se le debe:

que es Dios el verdadero y solo sabio,  
el único seguro y evidente;  
el de amor de la sabiduría  
perteneciendo al hombre solamente;

y si de nada, en fin estos consejos,  
por quien te los propone, te sirviesen,  
yo me contentaré con que leyendo,  
y releyéndolos atentamente,

rumiando sus verdades, repasando  
el peso y la razón que en sí contienen,  
mi corto entendimiento iluminando  
a mí sola, Critilo, me aprovechen.

18.

*Crítico moral joco-serio, en elogio de la indiferencia; con cuyo motivo se reprenden y motejan algunos vicios y defectos en general, con el buen fin solamente de corregirlos, y de no satirizar a nadie en particular.*

¡Oh, dichosa indiferencia!  
madre feliz, fiel oriente  
de la quietud, del sosiego,  
de los verdaderos bienes;  
sólo el que ciego, atraído  
de contentos aparentes,  
no conozca lo que vales,  
será el que por ti no anhele.

¡Qué diferentes países,  
qué divertidos y alegres,  
desde tu mansión dichosa  
se registran y aparecen!  
Desde que en tu región vivo  
todo cuanto hay me divierte  
con cualquiera cosa el gusto  
se solaza y entretiene.

El Simple con sus simplezas,  
con su cautela el prudente,  
la discreción del discreto,  
del párvulo sencilleces.  
Los esfuerzos de la Fea  
inútiles y vehementes  
para parecer hermosa,  
sin poder ni aun parecerse.  
Las Bonitas afectando  
esquiveces y desdenes,  
que fuera mejor para ellas  
que en realidad las tuviesen.

El Cobarde echando al aire  
muchos tajos y reveses,  
confiado en que aún el eco  
no puede corresponderle.

El Ignorante imperito,  
hablador impertinente,  
sin ciencia y sin experiencia  
en profesión que no entiende,  
hecho un charlatán de calles,  
sin detenerse en lo fuerte,  
asaltar y rendir plazas,  
ganar reinos como nueces,  
y sin salir de su casa,  
desde su mesa o bufete,  
decidir de las acciones  
de Marte, magistralmente:  
dar batallas y combates,  
coger navíos como peces  
con red barredera, quieto,  
y a pie enjuto entre tapetes.

El presumido de Sabio,  
celoso furiosamente  
de la opinión de sabido,  
que en el mundo tener cree,  
mirando con ojeriza  
mortal, de sus concurrentes  
las obras y producciones,  
mas, cuanto más excelentes.  
Que como fiero otomano  
degüella inhumanamente  
a todo el que competirle

osa, porque él solo reine;  
no viendo que lo más digno,  
más estimable que tiene  
el saber, no es de noticias  
enriquecer bien la mente;  
mas rectificar el alma  
y el corazón de tal suerte,  
que libre de esas dolencias,  
y otras mayores le muestre.

El otro torpe Idiota,  
que sensible solamente  
a materiales funciones,  
y sensuales placeres,  
creyendo que no hay más ciencia,  
más saber, ni más saberes,  
que el de vivir revolcado  
cual cerdo en viles deleites,  
que de todo hay en el mundo,  
pues los hombres comúnmente  
por los extremos, huyendo  
del miedo justo van siempre,  
del ánimo aborreciendo  
todo cultivo, siendo éste  
el más cierto distintivo  
de su racional especie:  
llama a la aplicación noble,  
al instruirse, imponerse,  
tiempo perdido en los hombres,  
sacrilegio en las mujeres.

El Codicioso, anhelando  
riquezas perpetuamente,  
hidrópico miserable  
con más sed, cuanto más bebe:  
que como Midas quisiera  
que en oro se convirtiese  
cuanto sus manos tocasen,  
y cuanto sus ojos viesan.  
Tan cebado en las ganancias  
inicias, y de tal suerte,  
que antes dejará el pellejo  
que el gusto de ganar deje:  
y después de haber a miles,  
sus monopolios crueles  
desnudado los vestidos



muy desapiadadamente,  
piensa que vistiendo cuatro  
mendigantes pobremente,  
y dando uno de limosna,  
de lo que ha quitado a dieces,  
ya las puertas de la Gloria  
han de estar para él patentes,  
y lo de venid benditos  
a mi diestra le comprende.

El que en la misma abundancia  
del Pobre las escaseces  
sufre, por no osar usarlas  
de miedo de empobrecerse;  
y temiendo el desdichado  
que los caudales no lleguen  
donde la vida, siendo ésta  
tan corta y tan contingente,  
toda la que vive el triste  
las indigencias padece  
de los más necesitados,  
por ser rico cuando muere;  
cuando todas sus riquezas  
de nada servir le pueden  
si no de dar un buen día  
al ingrato que le herede;  
al que en pago de lo mucho  
que por su avaricia adquiere,  
no por su amor pues lo deja  
porque llevarlo no puede  
ninguna de las piadosas  
mandas, que dispuestas deje  
cumpla; y de ellas atrevido  
diga, murmure y deteste:  
digna pena y merecida  
del que a otros en su muerte,  
fía que hagan por su alma  
lo que él en vida hacer puede.

El otro necio Fastuoso  
muerto por pompas, que cree  
que lo preciso le falta  
si lo superfluo no obtiene;  
y porque para sus vicios,  
juegos y excesos no adquiere,  
blasfemo la providencia

tacha y maldice su suerte.

El Ambicioso de glorias  
mundanas, inquieto duende,  
que ni sosegar a nadie  
deja, ni él vive ni duerme:  
y en busca de una soñada  
felicidad, neciamente  
se fatiga, se atormenta,  
y a tolas horas se muele;  
sin advertir el cuitado,  
que mientras busca impaciente  
la que es sólo imaginada,  
la real verdadera pierde;  
que consiste en saber cuerdo  
conocer las caduqueces  
de esa engañosa apariencia,  
y despreciarla altamente:  
y en no dar incauto entrada  
al molestísimo huésped  
de la ambición, pues quien nada  
desea, todo lo tiene.

El Rico, con su medida  
fastidiosa impertinente,  
como si acaso para otros  
más que para él, rico fuese;  
éste despreciando al pobre,  
y el pobre ya que no puede  
de otro modo desplicarse,  
odiándole mortalmente.

Ver el Harto y que en su casa  
sobrado que comer tiene,  
convidado con frecuencia  
en comidas y banquetes;  
y al pobre necesitado  
no sólo nadie ofrecerle  
un bocado, mas si acaso  
al rico a pedir se atreve,  
sin conocer el muy necio  
que Dios se le envía adrede  
para que de su riqueza  
parta con él como debe,  
muy serio y muy mesurado,  
entonando de falsete,

con un Dios le ampare hermano  
sereno a Dios se le vuelve.

El otro que por su culpa,  
o la de sus ascendientes,  
yace en escasa fortuna,  
y en ella cuasi perece:  
porque viene de los Godos,  
y tiene ricos parientes,  
a oficio ni beneficio  
darse ni aplicarse quiere:  
pues en su hueco concepto,  
servir es poco decente,  
soldado raso, bajeza,  
desairado lo escribiente;  
y en sus deudos confiando  
siempre y en vano, pretende  
que éstos le mantengan, y ellos  
dicen que antes son sus dientes;  
con cuya vana esperanza  
da lugar muy tontamente  
a que una de las tres casas  
de piedad al fin le hospeden.

El Niño metido a hombre  
cuando aún a pañales huele,  
queriendo dar documentos  
el que recibirlos debe,  
que no deja con su necia  
importuna, impertinente  
afectación de cordura,  
alguna a quien no degüelle:  
aparentando un juicio  
y discreción que no tiene,  
ni puede tener, pues pocos  
altos, y por consiguiente  
poca o ninguna experiencia  
y menos ciencia, no pueden,  
por temprana y despejada  
que en él la razón se muestre,  
por mucho que adelantado  
el discurso en él se obste,  
dar de sí cosa que valga,  
y sólo prometer pueden.

Pues como dijo un juicioso

muy bien, y oportunamente  
en su fina, aguda, y justa  
crítica de Doctorcetes,  
por una de tres maneras  
puede el hombre solo hacerse  
sabido y si no me engaño,  
dice que son las siguientes.

O por haber visto mucho,  
o leído atentamente  
mucho y bueno, o estudiado  
bien, y cuanto se requiere:  
y claro está que ninguna  
de las tres toca, o compete  
a quien del tiempo, cimiento  
de este edificio, carece.

El Viejo, con las dolencias  
de mozo y sus accidentes,  
queriendo que muchachadas  
parezcan las caduqueces;  
sin mirar que el que no sabe  
cuerdo, discreto y prudente  
adaptar a las edades  
y a los tiempos los placeres;  
pues cada una los suyos  
si sabe elegirlos tiene  
es la mofa de los sabios,  
y la risa de las gentes;  
porque en todas circunstancias  
dicen muy mal y se avienen  
una cabeza ya blanca  
y los pensamientos verdes.

El esmerado Modista,  
a quien por mote o motete,  
sin saber lo que se dice  
llama el vulgo petimetre,  
como si acaso, digamos,  
en esto decir quisiese  
semi-señor, semi-usía,  
semi-algo, o señorete;  
en extremo cuidadoso  
de exteriores pulideces,  
de la compostura, el garbo,  
los perfumes, el pebete;

y descuidado en un todo  
necia y lastimosamente  
de los adornos del alma  
y sus virtudes, no advierte,  
que espirar el cuerpo olores,  
y el ánimo hediondeces,  
es ser sepulcros blanqueados  
y muladares lucientes.

Las Solteritas, tan sueltas  
algunas, que quien las viere  
dirá no sólo que padres  
ni perro que ladre tienen,  
sino que apostar a libres  
con las repúblicas pueden  
más famosas, aunque en ellas  
Ginebra y Liorna entren.

Los hombres muy persuadidos  
que jamás envejecen,  
aunque todo les indique  
sus fuerzas ya decadentes,  
sin poder averiguarse,  
ni comprender, ni saberse,  
donde han hallado tan rara,  
y tan ridícula especie,  
pues para desengañarse,  
de que no logran ni tienen  
tal privilegio, que corren  
parejas con las mujeres,  
que el tiempo todo lo acaba,  
y en dudarlo se parecen  
al ciego que ser soñaba  
lo que deseaba fuese.  
No hay sitio poner dejando  
otras pruebas evidentes  
un hombre de cincuenta años  
junto a un muchacho de veinte:  
un otoño seco, al lado  
de estas primaveras verdes,  
y hallarán la diferencia,  
hasta los topes patente.

Los Jugadores, polilla  
de las haciendas y haberes,  
contra los que se han dictado

tantas y tan justas leyes,  
sin que ninguna bastante  
sea, por más que se esfuerce,  
a exterminar la semilla  
de raza tan pestilente:  
a los cuales aplicarse  
con mucha propiedad puede,  
lo que un Histórico insigne  
a otro asunto nos refiere,  
hablando del lujo y vicios  
en que habían comúnmente  
dado un tiempo los Romanos,  
tan famosos otras veces,  
diciendo que habían nacido  
en aquéllos unas gentes,  
que ni podían ser ricas,  
ni sufrir que otros lo fuesen.

En cuya ocupación torpe,  
el que a ella se aplica, pierde  
tres cosas, las más preciosas  
que el hombre racional tiene:  
que son la opinión, el tiempo,  
y la conciencia; y si quiere  
ver cómo y por qué razones,  
escúchelo brevemente:  
la opinión, porque si es rico  
o tiene algunos haberes  
y los juega, luego el nombre  
de disipador adquiere,  
de destructor de su casa,  
de arruinador de sus bienes,  
y por precisa secuela,  
de nocivo a sus parientes:  
y como tal es muy justo  
que el rigor experimente  
de la ley que para éstos  
dada el buen gobierno tiene:  
porque ninguno dañoso  
a otro ninguno ser puede,  
que antes benéfico a todos  
por obligación ser debe.

Y si es pobre y juega, dicen  
que se auxilia malamente  
del juego, y con malas mañas

gana para sostenerse:  
concepto el más vergonzoso  
e infame que tener puede  
quien quiera; pues un paliado  
ladrón, se dice que es ese:  
y esta de los jugadores  
la clase más indecente  
es, más baja y abatida,  
y de ellas la ínfima plebe,  
altamente despreciada  
de los que apreciar supieren,  
pues los zánganos son estos  
de la república siempre,  
que después que no concurren,  
con su sudor como deben  
al bien general, sus frutos  
consumen injustamente:  
por lo cual es muy debido  
que a ejemplo de la prudente  
de las cantadas abejas,  
se excluyan de ella, y desechen:  
de la pérdida del tiempo  
no hay para que detenerse  
en hablar, pues está claro,  
y más que claro patente,  
que además de ser precioso  
por lo corto, ciertamente,  
no se le dio con la vida,  
para que en jugar le emplee,  
sino para que atendiendo  
juiciosa y prudentemente  
el fin para que esos dones  
le han franqueado eminentes,  
de ellos, sabiendo ponerlos  
en buen uso, se aproveche,  
para poder alcanzarle  
como a un racional compete:  
y de la conciencia el daño  
basta para conocerle,  
reflejar lo que la sacra  
divina ley le previene,  
mandándole que no quiera  
para otro lo que no quiere  
para sí, y que mal alguno  
ocasiona al que amar debe:  
no solo de obra o palabra,

mas ni de un deseo leve,  
pues le dicen, que medido  
será conforme él midiere.

Y siendo así que el que juega,  
y muy señaladamente  
el que es jugador de oficio  
para por él mantenerse,  
no anhela y tira a otra cosa  
que a quitarle ansiosamente  
al otro por ese medio  
ilícito, cuanto tiene:  
de intención tan sana y buena  
podrá inferir fácilmente  
cualquiera el inmenso abismo  
de maldad en que la mete.

El que se avergüenza y corre  
de que se diga o se piense  
que ama o ha amado de veras,  
y como afrenta lo siente,  
jactándose al mismo tiempo,  
de correr los indecentes  
campos del vicio y lujuria,  
muy desenfrenadamente;  
pareciéndole al muy necio  
que el ser vicioso es ser fuerte,  
y que el amar propio afecto  
de un racional es ser debles,  
cuando no hay prueba más cierta  
de ser brutos, y ser febles,  
que la de a estímulos solos  
animales conmove: se:  
sin voluntad en el gusto,  
sin elección en la mente  
que preceda al movimiento  
bestial, cual si bruto fuese:  
como ya en otro discurso,  
con razones congruentes,  
manifestado y probado  
lo tengo extendidamente:  
y como un agudo Alcalde  
de un lugar, chistosamente  
lo dio a entender en un caso  
que referirse merece:  
en el que habiendo un vecino



de aquel pueblo casualmente  
perdido un burro, y creyendo  
que robado se lo hubiesen,  
fue presuroso a pedirle  
al Alcalde dispusiese,  
que para encontrar su burro  
pronta e infaliblemente,  
las casas de los vecinos,  
y aun de amigos y parientes,  
todas, sin exceptuar una,  
mandase reconociese:  
hízolo, ni más ni menos,  
como lo pidió, el prudente  
Alcalde, y como no obstante  
el burro no pareciese,  
el hombre con el deseo  
de hallar su burro, impaciente  
las instancias repetía  
al Juez importunamente,  
y aún a descuido y desidia  
en las diligencias de este,  
achacaba que su burro  
parecido ya no hubiese:  
por lo que el discreto Alcalde,  
cansado de tan perenne  
porfía con que le andaba  
moliendo continuamente,  
desesperando que el burro  
encontrar ya se pudiese,  
y queriendo contentarle  
con algún equivalente,  
mandó que en plazas y esquinas  
del lugar, y en diferentes  
de aquellas inmediaciones,  
fijasen unos carteles,  
en que un premio exorbitante  
se ofrecía a quien supiere  
o hallase un hombre que nunca  
de veras amado hubiese:  
luego se halló un codicioso,  
que creyendo enriquecerse  
por ese medio, a sí propio  
se delató simplemente,  
diciendo que él, el prodigio,  
el Ave fénix, el fuerte  
era, de quien se podía

cantar cosa tan solemne:  
entonces el diestro Alcalde  
mandó atarle fuertemente  
a un ramal, como un jumento,  
y que al del burro le lleven,  
diciéndole allí tenía  
lo que tan vehementemente  
buscaba, y que con más burro  
no volviera ya a molerle.

El que de Escritor el nombre  
a poca costa pretende  
conseguir, y para eso  
mutilando osadamente  
las obras más veneradas,  
más famosas y excelentes  
de antiguos y de modernos,  
las destroza de tal suerte,  
tomando de unos las piernas,  
de otro la cabeza y frente,  
de otro los hombros y brazos,  
de otro el estómago y vientre,  
que un monstruo más horroroso  
que el que Horacio nos previene  
en su poética insigne,  
compone atrevidamente:  
y pegando a las sentencias  
óptimas, infelizmente,  
de aquellos grandes ingenios  
sus propias insipideces,  
al público da una obra  
inútil, impertinente,  
y por nuevo lo muy viejo  
y rancísimo lo vende:  
sobre lo que era muy justo  
se celase atentamente,  
y se estableciera un recto  
Juez, severo, inteligente,  
que esas falsas mercancías  
antes que a la luz saliesen,  
cotejase, examinase,  
mirase y reconociese,  
y que, como a contrabando  
el más nocivo y aleve,  
toda la que así se hallara  
por decomiso se diese:

obligando a los que el noble  
deseo de saber tienen,  
a que la ciencia y nociones  
busquen en sus propias fuentes:  
en aquellos admirables  
originales perennes,  
donde con método y orden  
se hallan, y clara corriente:  
y no en esos arroyuelos  
miseros, insuficientes,  
que sólo la arena suelta  
y guijos duros ofrecen:  
y no pudiendo ser ricos  
y opulentos mercaderes  
de géneros tan preciosos,  
quinquilleros se meten:  
para lo que no sería  
despropósito se hiciese,  
publicación cada un año  
de los Autores solemnes,  
que en todo asunto y materias  
distintas y diferentes,  
han, en todo tiempo y siglos,  
escrito acertadamente:  
a fin de que los incautos  
y simples se precaviesen,  
y que esos falsos tratantes  
no les den gato por liebre:  
cuyo desorden a voces  
pidiendo está se remedie,  
pues no hay ciencia alta ni baja  
moral, política, leyes,  
geografía, astronomía,  
y hasta la muy eminente  
respetable teología  
con todos sus adherentes;  
medicina, poesía,  
y de esta singularmente  
dramática en que no se haya  
introducido esa peste.

Los Impíos, a los que algunos  
llaman espíritus fuertes,  
y a quienes fuera más propio  
llamar espíritus febles;  
pues que por ser unos flacos

débiles inteligentes;  
de enormísimos absurdos,  
de cosas que ser no pueden,  
en lugar de las verdades  
que a los que saben, patentes  
se les hacen y demuestran,  
embuten sus tristes mentes:  
y porque del verdadero  
valor y esfuerzo carecen,  
de la habilidad, y acaso  
de la ciencia suficiente:  
que el asunto y su grandeza  
para poder defenderle  
con majestad, con acierto  
y con dignidad requiere,  
y también por los vapores  
de vicios que les empecen  
la vista, lo que otros, ellos  
comprender ni alcanzar pueden:  
echando por el atajo  
de los necios torpemente,  
materialistas groseros  
niegan, cuanto no comprenden  
sin querer inadvertidos  
el debido cargo hacerse,  
de que así como la vista  
corporal, su esfera tiñe,  
sus límites y sus cotos,  
de los que pasar no puede,  
pues pasados éstos, nada  
penetra, alcanza ni ve,  
el humano entendimiento  
asimismo, e igualmente  
tiene los suyos, y de éstos  
si exceder o pasar quiere,  
auxiliarse necesita  
cuerdo para no perderse,  
en tantas inmensidades  
como a su vista se ofrecen,  
de los microscopios sabios  
y telescopios fieles  
de la fe y revelaciones  
que las distancias acerquen;  
con los que distinguir pueda,  
con los que alcance y penetre  
lo que él por sí, y sin su ayuda

en vano alcanzar pretende:  
por filósofo que sea,  
por más que estudie y supiere,  
y por más que por su estudio,  
de hábil y sabio se precie:  
pues como dice un sabido moderno,  
generalmente estimado y aplaudido  
del gremio de los sapientes,  
la Filosofía sola  
no es tribunal competente  
de la religión, porque esta  
su jurisdicción excede:  
pues por su ser tan supremo,  
su calidad eminente,  
y su superior esfera  
no está sujeta a sus leyes:  
y así de los argumentos  
de éstos, deben los prudentes  
hacer el caso y aprecio  
que un cuerdo hiciera si viese  
que un ciego de nacimiento  
se empeñase y pretendiese  
persuadir al que de vista  
hubiese gozado siempre,  
que no puede haber colores,  
y se mofase y riese  
de oír decir que habían blanco,  
azul, encarnado y verde;  
púrpura, violado, o negro,  
porque él, miserablemente,  
de la luz está privado  
con que sola pueden verse:  
pregúntase, pues, cada uno  
a sí propio interiormente,  
¿cuál de estos dos, en tal caso  
la burla y mofa merece,  
el que por su buena vista  
ve todo lo que ver puede,  
o aquel que por falta de ella,  
no ve lo que todos ven?

Y por conclusión, adviertan  
los tales pseudo-sapientes,  
para eterno desengaño  
de sus necios pareceres,  
que dice también el mismo

sabido, oportunamente,  
que el saber poco, artistas  
miserables ha hecho siempre:  
y que el saber verdadero  
conduce infaliblemente  
al conocimiento y ciencia  
de Dios, cual tener se puede.

El inicuo Poderoso  
violando fueros y leyes  
persuadido a que su gusto  
y antojo es ley solamente,  
sin advertir, que medirse  
por el deber, lo que puede  
debe todo hombre, y que sólo  
se puede, lo que se debe.  
Pues como individuo humano  
y como racional ente  
es preciso y es debido  
que a la razón se sujete:  
porque así como del bruto  
la brida o freno que mueve  
la diestra mano, es el móvil  
que adonde importa le vuelve,  
así la razón, al hombre  
ha de ser la que le lleve  
donde convenga, y guiada  
de la fe, rija y gobierne.  
Que no es el poder y mando  
el que famoso ha de hacerle,  
si no el uso bueno y justo  
que de su poder hiciere.  
Pues nadie hasta ahora ha negado  
que poderosos no fuesen  
los Neronos, los Tiberios,  
los Calígulas crueles;  
un Heliogábalo infame,  
un Sardanápalo aleve,  
un Diómedes inhumano,  
un Baltasar insolente:  
y sin embargo, sus nombres  
serán, son, y han sido siempre  
por su proceder inicuo,  
la execración de las gentes:  
cuya verdad, las historias,  
rectos y temibles Jueces

de las acciones humanas,  
de mandos, y de poderes,  
unánimes lo confirman,  
nos lo atestiguan contextos,  
desde el norte al medio día,  
y desde oriente a poniente:  
al contrario los Trajanos,  
los Ariadnos solemnes,  
un Antonino piadoso,  
un Numa, un Tito clemente:  
los magnánimos, augustos,  
ínclitos, munificentes,  
Constantinos, y constantes  
los Teodosios eminentes:  
un Camilo esclarecido,  
un Pelopidas valiente,  
un Dion siracusano,  
un Epaminondas fuerte;  
los Catones, los Cipiones,  
un Aristides paciente,  
un Pisistrato, Alcibiades,  
y Pericles elocuentes;  
un Solón, dictando humano  
justas y piadosas leyes,  
y trayendo la memoria  
a sucesos más recientes,  
un San Fernando Glorioso,  
dechado de toda suerte  
de virtudes, Rey preclaro  
de España, ejemplo de Reyes:  
que en una ocasión estrecha,  
crítica extremadamente,  
en que forzosa la guerra  
se hacía con los infieles,  
no habiendo medios para ella,  
pidiendo los pareceres  
a sus nobles consejeros  
para poder resolverse;  
no hallando éstos otro arbitrio  
en un caso tan urgente,  
que el de una nueva derrama,  
aunque esta gravosa fuese;  
viendo el Santo que este medio,  
por hallarse el Reino y verse  
gravosamente cargado  
ya de otras antecedentes,

no era admisible a su noble  
piadoso ánimo y clemente,  
con resolución heroica  
les dijo resueltamente,  
que si otro mejor no hallaban,  
del propuesto desistiesen,  
aunque abandonar la empresa  
para eso preciso fuese;  
porque una maldición sola  
temía más si justa fuere  
de una pobrecita vieja  
de sus reinos ¡oh excelente!,  
que todos los enemigos,  
que las guerras y la muerte,  
y de la fiera morisma  
las innumerables huestes.

El Hipócrita malvado,  
el Anti-deísta aleve,  
que para poder ser malo  
y perverso impunemente,  
de la apariencia se viste  
de la virtud que no tiene,  
costándole más que el serlo,  
el parecer penitente:  
y de ella armado a su salvo,  
como de castillo fuerte,  
dispara sus tiros fieros,  
y hace todo el mal que quiere,  
sin que nadie se le atreva  
a chistarle, ni a oponerse,  
por si acaso las virtudes  
le adornan, que él aparece:  
porque es tanta su hermosura,  
que aun fingidas y aparentes,  
se concilian las virtudes  
los respetos reverentes;  
bien que la Sabiduría  
infinita nos advierte,  
que si conocer queremos  
de esos falsarios alevos,  
de esos lobos carniceros  
revestidos de las pieles  
de ovejas, los artificios,  
los engaños y dobleces,  
atendamos con cuidado



miremos atentamente  
sus acciones, sus intentos,  
sus hechos y procederes,  
sus obras, no sus palabras,  
y veremos claramente  
qué son; porque un árbol malo  
dar fruto bueno no puede.

El otro, que por su mucha  
fragilidad, en frecuentes  
debilidades incurre,  
sin poder cuasi valerse:  
que aburrido de sí mismo,  
del sentimiento de verse  
tan flaco y tan miserable,  
se despecha neciamente,  
y dándose por vencido,  
contemplándose ya inerme  
contra el enemigo fiero  
que continuo le acomete,  
desconfiado el vencerlo,  
porque espíritu no tiene  
bastante para arrostrarlo,  
y saber de él defenderse,  
desesperado se entrega  
a excesos, y a toda suerte  
de vicios y de torpezas,  
necia y lastimosamente:  
y como incapaz sería  
de dar generosamente  
al olvido él las ofensas  
que de otro sufrido hubiese,  
queriendo por su pacato  
ánimo, y su insuficiente  
poder, medir indiscreto  
el del todo Omnipotente:  
porque le ofendió, no espera  
de la pena que merece  
librarse, y tras el caldero  
la sogá echando imprudente;  
pareciéndole ignorante,  
que sus excesos no pueden  
alcanzar perdón, a todos  
se abandona enteramente:  
ofendiendo más en esto  
a aquella fuente perenne

de gracia y misericordia,  
que en cuanto excedió insolente:  
porque con eso, atrevido  
lo infinito medir quiere  
por lo finito, y con ella  
a compararse se atreve;  
debiendo antes, por lo mismo,  
más agradecido serle;  
pues cuanto más le ha sufrido  
y aguantado, más le debe:  
y debiendo su flaqueza  
y poquedad, igualmente  
ver y llevar con paciencia,  
y que ésta no lo exaspere:  
pues si con caridad mucha  
las de sus próximos debe  
mirar, ¡cuánto más las propias  
debe ver pacientemente!  
Y que éstas le sirvan sólo  
para no ensoberbecerse,  
para abatirse, humillarse,  
y a sí propio conocerse:  
para no fiar de sí mismo,  
sino advertido temerse,  
reconociendo lo nada  
que por sí solo ser puede.

Su opuesto, que confiado  
vana y temerariamente  
en una bondad inmensa,  
no hay maldad a que no atente;  
y porque es bueno sin rasa,  
el que temerario ofende  
sin límite, las ofensas  
repite insolentemente:  
sin que en el horrible curso  
de sus excesos, se acuerde  
de que hay premio, y hay castigo,  
de que hay juicio y hay muerte:  
y dando la vigorosa  
juventud a los placeres,  
a inútiles pasatiempos,  
y a entretenimientos leves,  
no pudiendo ignorar necio  
que del hábito proceden  
los actos, y que estos mismos

a reproducirle vuelven,  
sin haber quizá en toda ella  
tenido un solo acro fuerte,  
de hábito así careciendo  
bueno consiguiientemente,  
en la vejez fría espera,  
en sus fuerzas ya cadentes,  
en su desmayada vida,  
y parasismos crueles,  
tener los vivos afectos,  
los sentimientos ardientes,  
y las fervorosas ansias  
por milagro y de repente,  
que para lograr la gracia  
y el perdón de sus perennes  
excesos y demasías  
se necesita y requiere:  
¡qué en vano espera, y que necio  
será el que infundadamente,  
con sacrílega osadía  
se haga cuentas tan alegres!  
Pues los ejemplos, y el dicho  
de un gran Santo, y juntamente  
muy docto, nos evidencia  
con sucesos bien frecuentes,  
que por el regular orden,  
según se vive, se muere;  
y que conforme es la vida  
se debe esperar la muerte.

El inconstante y mudable,  
el vario, el inconsecuente,  
que nadie entenderle acierta  
ni él a sí propio se entiende:  
pues anhelando mañana  
lo mismo que hoy aborrece,  
y esotro día aherrojando  
lo que procura el siguiente;  
ya no quiere lo que quiso,  
ya lo que no quiso quiere;  
y hecho un enigma, o esfinge  
tan fiera como vehemente;  
así como el de la historia  
o fábula nos refiere  
que despedazaba airado  
al que no sabía entenderle;

del mismo modo, furioso  
del sentimiento de verse  
en medio de los manjares  
y de deliciosas fuentes,  
como Tántalo ambicioso  
por no saber entenderse  
miserablemente acosado  
de la hambre y la sed ardiente,  
y que por querer de todo  
gozar, de lo más carece,  
sañudo, contra sí propio  
y contra todos revuelve:  
de quien el buen moralista  
nos aconseja y advierte,  
guárdarnos, pues aunque luego  
sus vicios no comparecen,  
como capaz de ellos todos  
nos dice se le contemple,  
pues de todos en él se hallan  
las semillas o simientes:  
como se vio en Witiza  
y en Nerón, furiosas pestes  
del universo, y horribles  
ejemplos de inconsecuentes:  
pues habiendo sus gobiernos  
empezado felizmente  
los dos, siendo ambos de todos  
las esperanzas alegres;  
deshaciendo el uno agravios  
del reinado antecedente,  
llorando el otro de pena  
cuando sentenciaba a muerte,  
de tal modo estos dos monstruos  
trocaron los caracteres,  
que no hubo vicio por torpe,  
enorme, y grave que fuese;  
crueldad, por grande, inhumana,  
y horrenda que pareciese,  
que estas dos fieras con gusto  
no ejecutasen, e hiciesen:  
hasta decir uno de ellos  
que deseaba tuviese  
sólo un cuello todo el mundo  
para de un golpe romperle:

¡Oh inconsecuencia! ¡temible

dolencia de los vivientes!  
¡qué de horribles mutaciones  
causas lastimosamente!  
Pues se ha visto, no una sola,  
sino repetidas veces,  
que hombres que el vino y licores,  
aborrecían mortalmente,  
después, por su inconsecuencia,  
han mudado de tal suerte  
de afición, que han perecido  
abrasados de beberle:  
dejo aparte lo que en esto  
la gracia reprimir puede,  
y lo que una señalada  
buena educación enmiende;  
o lo que un entendimiento  
gallardo, si atentamente  
sus defectos considera,  
puede corregir, si quiere:  
como aconteció al famoso  
Filósofo, a quien al verle  
un grande Fisonomista  
dijo a voces francamente,  
que era aquel su estudio vano,  
y todas sus reglas mienten,  
si aquel hombre el más perverso  
de los nacidos no fuere;  
a lo que aquel verdadero  
Filósofo, ingenuamente  
replicó, que así en efecto  
era forzoso que fuese,  
si él acaso contenido  
el impetuoso torrente  
de sus afectos y malas  
inclinaciones, no hubiese.  
El Caballerito nuevo,  
el Señorito reciente,  
con su nobleza flamante,  
muy grave de puro leve:  
que ayer apenas era algo,  
y hoy por tanto ya se tiene  
que quizás no halla en el orbe  
lugar para él competente,  
tan nimiamente observante  
del tratamiento; que si a éste  
le faltan, Dios nos asista,

ofensa es esta indeleble:  
y si el infeliz criado  
se equivoca algunas veces,  
y en vez de la señoría  
se le escapan las mercedes,  
allí es troya, allí es mirarle  
airado, y allí es el verle  
tan enfurecido y ciego,  
que juzgarán que enloquece:  
dando ocasión estos necios  
con tales ridiculeces  
a lo que un su semejante  
la dio, en gran risa de gentes:  
que habiendo, so graves penas  
mandado a sus dependientes  
la observancia rigurosa  
de esta patraña, o juguete;  
una mísera criada  
que quería obedecerle  
con todo rigor, y en todo  
observarle puntualmente:  
pareciéndola posible  
que tanta la virtud fuese  
de aquella voz, o sonido  
de preeminencia aparente,  
que para comunicarla,  
en fin, también la tuviese  
a todo lo que a su amo  
señoría perteneciese,  
aunque fuera lo más sucio,  
y más asqueroso fuese,  
más inmundo, y más hediondo,  
más torpe y más indecente;  
habiendo la digna esposa  
de amo tan señorete,  
malparido, por desgracia  
a ese tiempo justamente,  
y habiéndose puesto el fetus,  
como acostumbrarse suele,  
en una vasija o vaso  
para los que verle quieren,  
mandándole a la criada  
su ama que le trajese  
para enseñarle a un curioso  
que tenía gusto de verle;  
no hallándole la cuitada

dolido le había puesto, al verse  
sin aquella noble alhaja,  
espantada a su ama vuelve,  
a grandes voces, diciendo,  
afligidas y dolientes,  
que el gato a su señoría  
se había comido insolente:  
no advirtiéndolos estos menguados,  
estos necios o dementes,  
que el tratamiento es aviso  
no más, de lo que ser deben:  
es voz que de su gran cargo  
y obligación les advierte,  
no vanidad y sonido  
que su soberbia alimente:  
que al señor la señoría,  
la excelencia al excelente,  
la ilustrísima al ilustre,  
la alteza a los preeminentes,  
a todos de un mismo modo  
les amonesta y advierte,  
que sus hechos sean preclaros,  
sus acciones excelentes,  
sus pensamientos señores,  
ilustres sus procederés,  
elevados sus deseos,  
sus empresas eminentes:  
que no hereda esos dictados,  
quien por herencia los tiene,  
para pasar descansado  
su vida, en vanos deleites,  
entregado a torpes gustos,  
dado a inútiles placeres,  
que del bruto y sus funciones,  
apenas le diferencien:  
o en vil ocio sumergido,  
que parezca se reserve  
como los caballos padres,  
para casta solamente:  
sino para que a su Patria  
y a su Rey, y juntamente  
a la Religión, dediquen  
sus sudores reverentes:  
ya por letras, ya por armas,  
ya también por excelentes  
escritos, que al mundo eternos

fama y nombre de ellos dejen:  
que de este modo sus nobles  
y gloriosos ascendientes,  
aquellos héroes preclaros,  
aquellos campeones fuertes,  
ganar y adquirir supieron  
lo que en ellos al presente,  
sin sudor y sin trabajo  
propio, tanto resplandece:  
que pues la nobleza es hija  
de la virtud eminente,  
la virtud hija preclara  
de la nobleza ser debe:  
ni aquel que por su fortuna,  
o por sus servicios fieles  
los consigue, con el vano  
nombre sólo se contente:  
sino el ánimo elevando  
a empresas que dignamente  
le hagan famoso, acredite  
por sus nobles procederés,  
que aquel que por sus acciones  
y virtudes eminentes  
sabe adquirirlos, es sólo  
el que heredarlos merece:  
y no sean unos y otros  
de los que dijo un prudente,  
que cual estúpidos brutos,  
y cual inútiles reses,  
sin dejar de sí memoria,  
como hatos solamente  
de ovejas, el mundo pasan  
como si sido no hubiesen.

La Dama poco instruida,  
mal impuesta en los deberes,  
y en las heroicas virtudes  
que el bello sexo competen;  
locamente enamorada,  
y atraída fútilmente  
de los que llamó un discreto  
embustes resplandecientes,  
cree, que donde no hay preseas,  
donde no hay galas, no hay trenes,  
coche, libreas, equipajes,  
encanto de cascabeles ;



plumajería, volantes,  
que sus vanas altiveces,  
con su descrédito y mengua  
publiquen y manifiesten;  
sortijón, que de rodela  
alguna vez servir puede,  
perlotas, aunque no sean  
de las que cría el Oriente:  
grandes hebillas, que honores  
de las de guarnición tienen;  
con cuyo peso y tamaño  
el pobre pie se moleste:  
pedrería, preciosidades,  
joyas, dijes, pelendengues,  
el mérito y la hermosura,  
ni parece ni merece:  
a cuyo error, muchos necios  
de los que continuamente  
la cercan y la rodean,  
dan lugar con sus sandeces:  
pues estos insustanciales,  
que de hombres solamente  
la figura y apariencia  
conservan por accidente,  
y aun está desfigurada,  
y desconocida a veces,  
con tanta figurería  
con que adulterarla quieren:  
éstos, pues, mengua y desdoro  
de la racional especie,  
no le hallan donde no existen  
esas falsas brillanteces:  
y mientras de las de coche  
su vista flaca y endeble  
les abulta perfecciones  
que ni hay ni quizá haber puede;  
de las que a pie se pasean,  
por mucho que centelleen  
sus luces y sus reflejos,  
ni las ven, ni verlas quieren.  
¡Oh coche, y lo que con estos  
estúpidos mequetrefes,  
tu altura de poco menos  
de vara del suelo, puede!  
Pues con ella haces que en algo  
la nada se represente,

y les parezca oro fino,  
el similar y oropeles:  
mas también a las que en ella  
al público se presenten,  
esta sonora trompeta  
de verdades, les advierte,  
que miren bien como en ella  
se manifiestan y ostenten,  
pues así como de lo alto  
las gracias más resplandecen,  
así también los lunares  
y fealdades dejan verse,  
pues cuanto más altos, se hacen  
los defectos más patentes:  
para estos tales, pues, donde  
no hay coche, galas, afeites,  
que a cualquiera olfato bueno  
desde mil leguas le apesten;  
donde no brilla la nada,  
lo inútil, lo impertinente,  
no hay hermosura que valga,  
ni discreción que no ruede:  
y por sólo un besamanos  
de la que en coche aparece,  
darán la mejor fineza  
de la que a pie se pasee:  
por los que todo buen juicio  
sensato; debidamente  
podrá exclamar, ¡oh costumbres!  
¡oh tiempo! ¡oh mísera gente!  
Y para desengañarlos,  
si desengañarse pueden  
engañosos tan gustosos  
con su engaño, y tan dolientes,  
no será fuera del caso,  
para que mejor acierten  
a discernir lo que es cierto,  
de lo que es sólo aparente,  
que de la historia Romana,  
fecunda en hechos solemnes,  
y en heroicos ejemplares,  
uno famoso les cuente:  
éste, la grande Cornelia,  
de la familia eminente  
de los Scipiones, y madre  
de los Gracos excelentes:

tan hermosa como honesta,  
tan sabia como prudente,  
y tan cuerda como sabia,  
nos le presenta y ofrece,  
en ocasión que otra Dama  
Romana, muy diferente  
de aquella en dignos empleos,  
en índole y caracteres,  
en pensamientos, deseos,  
en gustos correspondientes,  
y ocupaciones, que al alma  
a cosas grandes la eleven:  
hizo un viaje, en que forzoso  
le era un día solamente  
en la casa de Cornelia  
hospedarse y detenerse:  
y persuadida pensando  
como piensan comúnmente  
los más, que en esto son unos  
los hombre y las mujeres,  
que en casa tan distinguida  
no podría decentemente  
estar sin que las riquezas,  
las joyas y los arneses,  
los diamantes, esmeraldas,  
y las perlas relucientes  
se ostentasen, y quien era  
su digno dueño dijese;  
a una criada, a su arribo  
mandó cuidadosamente,  
que para cuando Cornelia  
a visitarla viniese,  
a la vista esas lucidas  
y brillantes pequeñeces  
pusiera, y que no faltara  
ni una, si ser pudiese:  
obedeció la criada,  
y viniendo finalmente  
Cornelia a cumplimentarla  
atenta y graciosamente;  
después de los regulares  
cumplimientos, y corteses  
expresiones, que es costumbre  
en tales casos hacerse,  
la Huéspedada empezó luego  
a mostrarla diligente

sus galas y sus preseas,  
sus diamantes y joyeles;  
y enseñados, al instante  
pidió encarecidamente  
a Cornelia, que los suyos  
manifestarla quisiese:  
Cornelia sin inmutarse,  
riéndose interiormente  
de aquellas debilidades,  
que por tal deben tenerse;  
aunque como tan discreta  
también se compadeciese  
de ellas, como en tales lances  
a un alma grande sucede;  
con mucho agrado y dulzura  
la respondió cortésmente,  
que el gusto de complacerla  
en eso, tendría en breve:  
y alargando los discursos  
y conversación adrede,  
para dar lugar y tiempo  
discreta y mañosamente,  
que sus hijos, a los cuales  
una crianza excelente  
deba, de la noble escuela  
a su casa los volviesen;  
tomándolos por la mano  
los llevó ufana y alegre  
a su huéspeda, diciendo,  
aquí tenéis ya presentes,  
mis adornos, mis arreos,  
mis alhajas y joyeles;  
mi ostentación y riqueza,  
y mis joyas más lucientes:  
éstos son, pues, mis tesoros,  
mis galas, mis ricos muebles,  
mis diamantes, esmeraldas  
y mis preciosos haberes:  
con cuya heroica respuesta  
Cornelia discretamente  
a su huéspeda enseñada  
dejó, a distinguir de bienes:  
y a saber en adelante  
diferenciar sabiamente  
los reales y verdaderos,  
de los que son aparentes:

¡oh heroína sin segunda!  
¡oh mujer heroica y fuerte!  
¡oh norma digna de madres!  
¡oh ejemplo de las mujeres!  
que a todas, y a muchos hombres,  
enseñar a pensar puedes,  
y a diferenciar lo falso  
de lo cierto y evidente.

Todos estos desatinos,  
dislates, e insensateces,  
que andando por ese mundo  
se encuentran frecuentemente,  
todo me da gusto y risa,  
todo me alegra y divierte;  
en todo jovial encuentro  
materia en que complacerme:  
y un Demócrito risueño  
hecha, y no un Heraclio agreste,  
aunque tan sumas dolencias,  
tan graves y tan perennes  
miradas como miserias  
humanas, compadecerme  
debían, y lastimarme  
con Heraclio tristemente;  
por aquella única parte  
de extrañas ridiculeces  
que incluyen, a risa sólo  
mi humor y genio promueven:  
y así en todo me divierto  
repito una y mil veces,  
y en todo el corazón halla  
con gusto en que entretenerse:  
al contrario del que necio,  
habiéndose infelizmente  
dejado guiar del ciego,  
dio en el lazo cruel y aleve,  
que fieramente le oprime,  
que le aprisiona, le prende,  
y de la libertad privado,  
cree gozar, cuando padece:  
pues dedicando su anhelo  
a un objeto solamente,  
sin elección y sin gusto  
para otro alguno le tiene:  
y en medio de los concursos,

entre innumerables gentes,  
sino está allí su idolillo,  
sin ver una alma se vuelve;  
tu, indiferencia plausible,  
digna empresa del valiente,  
repartición del discreto,  
herencia de los prudentes,  
haces que el alma las nobles,  
prerrogativas que obtiene  
de aquel que dárselas pudo,  
sepa guardar, y conserve:  
y que a otro su igual, rendido,  
abatiendo indignamente  
sus gloriosas excepciones,  
al bruto no se asemeje:  
por esto, y por otras muchas  
excelencias que contienes,  
que con más tiempo algún día  
cantaré más dignamente  
en tu templo, y en tus aras,  
el desengaño, que indemne  
de tan furiosas borrascas  
me ha librado felizmente,  
como el náufrago la tabla  
que le salvó en sus paredes,  
devota y agradecida  
es justo que humilde cuelgue:  
pues desde que en ellas vivo,  
haces que en tan dulce albergue,  
ni tema mal que se acaba  
ni bien que no dura aprecie:  
y con esto y un bizcocho  
lector, pío, o inclemente,  
fin a este cuento de cuentos,  
daremos, si te parece:  
y si acaso las verdades  
y sentencias que refiere,  
tu condición indigesta  
guadua de pesadeces;  
y amante de laconismos  
afectados, te parece  
que es muy largo, las locuras  
de los hombres no son breves.  
Pues si todas, y cada una  
de por sí prolijamente,  
como son, serán, y han sido

contar y decir se hubiesen,  
algunos y muchos años  
no serían suficientes,  
porque no se podría en pocos  
lo que en tantos se padece:  
y por si acaso lo ignoras,  
ten entendido y advierte,  
que todo discurso, todo  
raciocinio finalmente,  
es perfecto cuando ha dicho  
todo lo que decir debe,  
y que el lodo y cada parte  
se dice debidamente:  
pues según el gran dictamen  
de un famoso inteligente  
de toda obra las razones,  
no el tomo pesar se deben:  
y si éstas no satisfacen  
tampoco a tu displicente  
genio, y en que es muy difuso  
porfías erre que erre.  
Y acérrimo laconista  
quieres estarte en tus trece;  
de enfados y de censuras,  
pedantismos, critiqueces;  
de torceduras de hocico,  
de dimes y de diretes,  
de gestos y de monadas,  
te excusas con no leerle.